

Gracia sobre gracia



Abril 2020. Volumen 22 - Número 1

BOLETÍN TEOLÓGICO REFORMADO

REFORMA SIGLO XXI

Editor General
Daniel J. Lobo

Los puntos de vista expresados por los contribuyentes a Reforma Siglo XXI son suyos y no necesariamente son endosados por la CLIR, sus empleados, o su junta de directores.

ARTÍCULOS Y SUGERENCIAS

Solicitamos sus comentarios y sugerencias. También puede comunicarse con el editor por correo electrónico a:

dlobo@clir.net

DONACIONES

Si quiere hacer una donación para ayudar a sufragar los costos de este boletín, por favor comuníquese con nosotros a:

CLIR Tesorero
Apdo.2070-2100
Guadalupe, Costa Rica
www.clir.net

por teléfono/fax a:
(506) 7188-9114

correo electrónico:
info@clir.net

ISSN:2215-3969
©Editorial CLIR • 2020

CONTENIDO

Noticias	5
La gracia de Dios	26
<i>Guillermo Green</i>	
Palabras del Presidente de CLIR	28
<i>Daniel Izquierdo Hernández</i>	
Gracia abundante	29
<i>Daniel J. Lobo</i>	
Reflexiones sobre el pacto de gracia	33
<i>Guillermo Green</i>	
La gracia en la predicación	46
<i>Mario Cely Q</i>	
Observando el Bautismo como un medio de gracia . .	68
<i>Matt Ryman</i>	
¿Qué es la Santa Cena?	74
<i>Keith Mathison</i>	
¿Por qué deberían orar los cristianos reformados? . .	83
<i>Joshua Allen</i>	
Ser y llegar a ser	91
<i>W. Duncan Rankin</i>	

John Owen sobre el gozo en la adoración	99
<i>Daniel Hyde</i>	
La necesidad de la reconciliación	105
<i>Rod Mays</i>	
¿Piensas bíblicamente sobre tu trabajo?	112
<i>Brian G. Hedges</i>	
El consuelo de Dios	118
<i>José J. Ramírez</i>	
La cruz y la gloria: Sermón predicado	135
<i>Carlos Cruz</i>	

NOTICIAS

1. Conferencias en Costa Rica

Feria del Libro de CLIR

En diciembre de 2019, la Editorial CLIR celebró su tradicional Feria del Libro. Bajo el título de Expo Sola Scriptura, el evento sirvió para reunir varias casas publicadoras y ministerios y ponerlos al servicio de la Iglesia costarricense.

Hubo presentación de ministerios como Educación Plus, el Centro Educativo Cristiano Reformado, el Seminario Teológico Reformado Farel, la Sociedad Bíblica Trinitaria, la Academia de Música Vivace y el Museo de Dinosaurios DinoSafari, todos ministerios que operan en Costa Rica y sirven a la Iglesia.



EXPO SOLA SCRIPTURA — 13 Y 14 DE DICIEMBRE DEL 2019



CLIENTES EN BUSCA DE LIBROS

Además hubo presencia física y libros de editoriales como las Sociedades Bíblicas, Publicadora La Merced, Faro de Gracia, Libros Desafío, la Librería Gracia Soberana de Cartago, Poiema, Chapel Library, Letra Viva y, por supuesto, la Editorial CLIR con sus tradicionales descuentos de fin de año.

También hubo conferencias dirigidas a los asistentes. El Profesor y Editor Daniel

J. Lobo ofreció una conferencia sobre la importancia de crecer en nuestra cosmovisión cristiana. El Pastor Allan Monge de Gracia Soberana en Cartago habló sobre el Dios que ejecuta sus propósitos. La Editora y Escritora Laura Casasa Núñez ofreció también una charla para escritores.

Por las noches, los asistentes pudieron disfrutar de un concierto navideño ensamblado por la Academia de Música Vivace en conjunto con los músicos de la Iglesia Presbiteriana y Reformada Pacto de Gracia, y una presentación coral también preparada por la misma academia.

Por supuesto, también hubo café, mucho café.

La Editorial CLIR estará organizando esta celebrada feria cada diciembre, así que si te la perdiste, prepárate para este 2020.

Barry Beukema: de Génesis a Apocalipsis

Este año 2020 comenzó con fuerza, pues Costa Rica dio la bienvenida al reconocido y querido pastor Barry Beukema, *el hombre de los dinosaurios*. En el pasado, él había visitado el país en varias ocasiones para realizar una serie de conferencias basadas en la narrativa del Génesis, tratando temas como la evolución, el diluvio y los dinosaurios —tema que le ganó su apodo—. Sin embargo, en esta ocasión, Barry pasó del primer libro

de la Biblia al último. Los nuevos temas que trató fueron tan controversiales como los que había traído antes, pero esta vez por sus implicaciones para el entendimiento que tiene la misma Iglesia sobre uno de los libros más incomprensidos y tergiversados de las Escrituras: el Apocalipsis de Juan. Entre los temas que trató están “El Apocalipsis y su estructura”, “El hombre de pecado”, “El papel de Israel y la Iglesia” y “La Gran Tribulación”. Todas las conferencias están disponibles en el canal de



CONFERENCIA DEL PASTOR BARRY BEUKEMA
EN LA IGLESIA VILLA BONITA DE ALAJUELA

YouTube de la Editorial CLIR. El Rev. Beukema visitó varias fraternidades de iglesias y pudo dirigirse a grupos variados de pastores y líderes de múltiples trasfondos denominacionales. Visitó la Fraternidad de Ministerios Cristianos de Heredia, la Fraternidad de Pastores de San José, la Fraternidad de Iglesias Reformadas y la Iglesia Presbiteriana y Reformada de Cartago. La Editorial CLIR está preparando actualmente una traducción de estas conferencias para ser publicadas en forma de libros de bolsillo.

Bob VanManen: al servicio de la Iglesia

Poco después de la visita de Barry, la Iglesia Presbiteriana y Reformada de Costa Rica ofreció una capacitación para sus líderes de parte del Rev. Robert VanManen. El tema de la conferencia, dirigida principalmente a

los pastores y ancianos del presbiterio, era “Líderes al Servicio de la Iglesia”. En ella, el pastor Bob hizo un llamado a recuperar un sentido bíblico del cuidado pastoral de las congregaciones que el Señor ha puesto en manos de los pastores. Recorriendo el ejemplo de la vida y ministerio de Cristo, y su interacción con sus discípulos, el pastor desafió a los líderes a seguir el mandato de Hechos 20:28: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la Iglesia del Señor, la cual Él ganó por su propia sangre”. Además de esto, y aprovechando su vasta experiencia como maestro durante 16 años antes de ser pastor, ofreció también una capacitación a los miembros del personal docente del Centro Educativo Cristiano Reformado.

2. MINTS Internacional

Educación teológica económica y accesible para el mundo

MINTS es diferente de cualquier otro seminario.

MINTS fue establecido para ver el mundo cubierto por la gracia de Dios en el evangelio de Jesús.

MINTS es una organización misionera que utiliza la educación cristiana superior para capacitar a futuros líderes, pastores y obreros cristianos para alcanzar su propio pueblo. Esto se hace educando y otorgando títulos a instructores nacionales, equipándolos para operar sus propios centros de estudio y capacitándolos para multiplicarse en toda su esfera de contactos. MINTS proporciona el plan de estudios, estándares académicos (EE.UU.), software administrativo y educación y capacitación in situ. Cada centro que cumpla con los

requisitos es invitado a ser parte de la cooperativa educativa mundial de MINTS, compartiendo libremente cursos, instructores y estudiantes. Actualmente existen 550 centros en 13 idiomas.

MINTS no cobra por esto ya que es una misión. MINTS es apoyado únicamente por individuos, fundaciones e iglesias para hacer este trabajo. Cada centro independiente puede cobrar una matrícula ajustada localmente para cubrir sus gastos y ahorrar para lanzar un nuevo centro cuando han crecido por encima de 20 estudiantes. Los profesores levantan su propio apoyo como misioneros para trabajar con MINTS.

Quiénes Somos

MINTS fue fundada en el año 2000 como un esfuerzo de colaboración entre los líderes de la iglesia y los

misioneros en Miami inicialmente para alcanzar la ciudad que National Geographic llamó “la más internacional del mundo”. A medida que MINTS comenzó cursos en otros idiomas para los diversos residentes de Miami, el trabajo se extendió a otros lugares.

Si bien MINTS no es un seminario denominacional y tiene miembros y estudiantes de una amplia variedad de orígenes, sí se adhiere a la teología reformada. La Confesión de Fe de Westminster sirve como su principal declaración de fe. Estudiantes de todos los orígenes religiosos son bienvenidos a estudiar con MINTS; MINTS no discrimina por motivos de raza, color, nacionalidad, sexo, discapacidad o edad en sus programas y actividades.

Qué hacemos

MINTS equipa pastores, obreros cristianos, plantadores de iglesias y profesores a través de la concesión de títulos teológicos. MINTS también está produciendo planes de estudios teológicos gratuitos en 13 idiomas para su uso en todo el mundo.

MINTS International Seminary existe para establecer centros de estudio de propiedad y operación nacional en todo el mundo. Actualmente hay más de 550 de estos centros/escuelas de estudio en 80 países en múltiples idiomas con más de 13 500 estudiantes en programas de grado. MINTS ofrece Certificado, Asociado en Artes, Licenciatura en Artes, Maestría en Artes, Maestría en Divinidad, en Estudios Teológicos. Para aquellos que quieren usar su educación para enseñar a otros, se ofrecen el

Doctorado en Ministerio y Doctorado en Filosofía. Hasta la fecha hay más de 3435 graduados que sirven iglesias y ministerios.

MINTS fomenta un enfoque de “escuela sin muros” donde las clases se llevan a cabo en iglesias, parques, hogares y restaurantes en las comunidades donde vive la gente. Abogamos por llevar la educación a la gente haciendo que los profesores vayan y establezcan nuevas escuelas en un círculo cada vez mayor de comunidades en lugar de una ubicación central. MINTS proporciona currículo, estándares académicos, software administrativo y capacitación a

las escuelas en crecimiento de propiedad y operación local. MINTS se asocia con creyentes nacionales para iniciar estas escuelas con el entendimiento de que se multiplicarán regionalmente. Todo el personal de MINTS aumenta su propio apoyo para participar en este ministerio de capacitación mundial.

Dónde trabajamos

MINTS trabaja por invitación, y hasta la fecha hemos sido invitados a asociarnos con creyentes nacionales para iniciar centros en estos lugares, pero no solo en estos lugares:

Argentina, Aruba, *Bahamas*,* Belice, Benin, Bolivia, Brasil, Bulgaria, Burkina Faso, Burundi, Camboya, Canadá, Asia Central, Chile, China, Colombia, Congo, Costa Rica, Cuba, Chipre, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Francia, Gambia, Ghana, Granada, Guatemala, Guinea Bissau, Haití, Honduras, Hungría, Islandia, India, Indonesia, Jamaica, Japón, Kenia, México, Malawi, Myanmar, Namibia, Nepal, Países Bajos, Nigeria, Nicaragua, Norte de

África, Papau Nueva Guinea, Panamá, Paraguay, Filipinas, Perú, Portugal, Rumania, Ruanda, Rusia, San Vicente, Sierra Leona, Senegal, España, Sri Lanka*, Swazilandia, Tanzania, Trinidad, Togo, Turquía, Ucrania, Estados Unidos, Uganda, Uruguay, Venezuela, Vietnam, Zambia, Zimbabwe.
**Pendiente*

Equipo administrativo

- **Dr. D. Greg Hauenstein** (Presidente)
- **Ms. Karen Jones** (Administradora Ejecutiva y Prisión de Mujeres)
- **Craig Young** (Proyectos Especiales y Finanzas)

Ejecutivos de operaciones

- **Dr. Cornelius (Neal) Hegeman** (Vicepresidente de Asuntos Académicos, Coordinador Hispano)
- **Dr. Julian Zugg** (Decano Académico en Inglés)
- **Dr. Eric Pennings** (Decano Académico Internacional)
- **Dr. Jaime Morales** MINTS Online (Español) mintsespanol.com, mintsonline.org/moodle/

- **Robert Peters** MINTS Online (Inglés) www.mintscoursesonline.com

3. Congreso de MINTS Centroamérica

Rev. Albert A. Bezuyen

Pasar tiempo con el pastor José Ramírez fue una experiencia de aprendizaje. El pastor José es el director de MINTS Centroamérica y ha sido utilizado por Dios para ayudar a establecer cinco congregaciones reformadas en El Salvador, su país de origen. Al llegar a San Salvador, me atrajo el clima cálido, las increíbles montañas y la cálida hospitalidad de la familia



EQUIPO DE TRABAJO DEL CONGRESO DE MINTS EL PASADO FEBRERO

del pastor José. Desde su pueblo, mientras viajamos a través de curvos caminos de montaña y pendientes empinadas en nuestro camino a Guatemala para el congreso de MINTS Centroamérica, el neumático delantero se estalló. El pastor José se adapta, Dios fue bueno y alguien ayudó negándose a aceptar dinero, y llegamos todos a salvo al espectacular entorno montañoso del Campamento Presbiteriano Monte Sion, en Guatemala. Una mezquita al otro lado de la bahía, en lo alto de la montaña, nos recordaba la creciente influencia mundial

del Islam y que la Iglesia de Jesucristo enfrenta los mismos desafíos.

El pastor José ayudó a organizar los viajes, consolidando el lugar y organizando los oradores. Tuvo la ayuda, por supuesto, de hombres como Marvin Argumedo, y es ese tipo de liderazgo el que el pastor José necesita y está desarrollando. La tarea de organizar la conferencia es una en la que el pastor José ha relevado al pastor Eric Pennings. Él inició la conferencia hace unos ocho años y es recordado con cariño por los que lo conocieron entonces.

Algunos preguntaron por él y han estado orando por él ya que ha estado lidiando con algunos problemas de salud. Finalmente, todos llegaron, tuvimos devocionales, una excelente comida y compañerismo, y nos reunimos para adorar. El pastor José habló de Apocalipsis 5 y la belleza de la adoración bíblica, obediente, centrada en Dios y su Palabra, en la cual la predicación es de central importancia.

El Congreso

Cuarenta y seis pastores, líderes de Iglesia y estudiantes, todos asociados o capacitados por MINTS, vinieron de Columbia, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Panamá y Costa Rica, para escuchar conferencias y sermones sobre el tema: “Defendiendo la fe bíblica frente a los desafíos teológicos”. Los conferencistas trataron el tema de la apologética y la ética

propia de la apologética, el culto bíblico, la predicación, la consejería, la enseñanza y el evangelismo. El Dr. Ismael Quintero, el conferencista principal, dio una impresionante conferencia de cuatro partes sobre el tema: “Al Dios creador, temor y adoración”. Señaló que con demasiada frecuencia los cristianos responden o reaccionan a los desafíos contra la fe respondiendo a las preguntas planteadas por los desafíos en lugar de reconocer al Dios creador que a partir de su Palabra nos da el enfoque y la defensa de la verdad que más bien debemos usar. Señaló muchos de los desafíos que enfrentamos, desde el humanismo, el politeísmo, el liberalismo, la política de identidad, etc., dando excelentes definiciones, llegando al corazón de estas falsas enseñanzas y luego proporcionando la respuesta cristiana y bíblica apropiada. El Dr. Quintero

fue minucioso y se mostró un hombre de fe, inteligencia y trabajo duro, y mantuvo a la audiencia esforzándose para quedarse con él. Otros temas incluyeron la apologética para el culto, la educación, las misiones y la vida familiar.

El tiempo durante las comidas y entre conferencias me recordó mi tiempo en el Mid America Reformed Seminary, debatiendo sobre apologética, sobre los enfoques evidencialista o presuposicionalista, de

hombres como R.C. Sproul o Cornelius Van Til. Fue interesante y refrescante ver que la fe cristiana reformada está creciendo en Centroamérica y el compromiso de los líderes con la fe reformada. Al igual que ellos, nosotros en América del Norte tenemos dificultades, al parecer, para presentar la fe reformada en nuestras comunidades, en parte debido al creciente antagonismo en todo el mundo al cristianismo, pero también debido al antagonismo hacia



PARTICIPANTES EN UNA DE LAS CONFERENCIAS
IMPARTIDAS DURANTE EL CONGRESO DE MINTS 2020

la comprensión bíblica de la salvación por gracia solamente, por medio de la fe solamente en Cristo solamente, que se ve desafiada por la enseñanza pentecostal y católica romana basada en la justificación por obras. Fue un buen recordatorio de que necesitamos a Cristo, su Espíritu y los unos a los otros.



EL PASTOR LESTER MARTÍNEZ
HABLANDO EN EL
CONGRESO DE MINTS

Se dedicó un tiempo a escuchar los informes de los líderes de MINTS de Centroamérica y de Editorial CLIR sobre el trabajo que se está realizando y el trabajo que está por realizarse. Fue, según los comentarios, una conferencia apreciada por todos y de gran beneficio para los que asistieron. Después de un servicio de adoración dominical y un sermón basado en la puerta estrecha y el camino angosto y la importancia de predicar a Cristo para las misiones, viajamos a casa espiritualmente renovados aunque físicamente cansados, convencidos de la bondad y el poder de Dios.

Las Iglesias Pacto de Gracia de El Salvador

Los líderes de las congregaciones reformadas de El Salvador se reunieron en un Sínodo celebrado en el edificio de la iglesia de la congregación pastoreada

por Carlos Márquez en Ahuachapín. El trabajo principal fue recorrer un libro de orden eclesial proporcionado por el pastor José, basado en el libro de orden de la URCNA. Fue un trabajo duro y a veces tedioso y es, por ahora, un trabajo en curso. El pastor Al Bezuyen se dirigió al Sínodo hablando sobre los métodos de enseñanza del catecismo, una lección sobre el uso del Catecismo de Heidelberg para enseñar la providencia y otra sesión sobre cómo enseñar Teología del Pacto, incluyendo el bautismo infantil o bautismo pactual utilizando la Palabra de Dios. Rev. Lester Martínez también habló y dio una presentación sobre los libros disponibles y el trabajo que está realizando CLIR.

Asistieron al Sínodo dos delegados de Nicaragua, los hermanos Brandon Macario y Carlos Coffin, quienes están pastoreando

una Iglesia en la Mosquitia de Nicaragua. Carlos está sirviendo actualmente como el representante en campo de los ministerios de “Word and Deed”. Fue interesante escuchar de los desafíos que se enfrentan, pero de nuevo, a medida que el mundo se globaliza, parece que todos enfrentamos el creciente paganismo, ateísmo, secularismo, etc. y que la respuesta a estos desafíos es Cristo tal como se presenta a través del Evangelio revelado a nosotros en la Palabra de Dios.

La semana terminó con el Pastor José reuniéndose con los representantes de MINTS de El Salvador, aprobando un nuevo profesor, Carlos Martínez, lineamientos para profesores y profesores asistentes y políticas de contratación y despido para MINTS en El Salvador.

El domingo adoramos en Santa Ana, donde tres hombres, Mario Castillo, Joel Sibrian y Carlos Márquez recibieron su licencia para predicar, y el pastor Pedro Alfaro fue ordenado como ministro de la Palabra y los Sacramentos en las iglesias reformadas de El Salvador.

Las dos semanas pasaron volando. Fue estimulante y emocionante ver lo que Dios está haciendo y un buen recordatorio de lo que el diablo trata de hacer en Centroamérica. El pastor José, los pastores de la región y el trabajo en CLIR necesitan las bendiciones de Dios, nuestras oraciones y nuestro apoyo financiero. Que Dios bendiga la obra reformada que se está realizando en Centroamérica.

Pastor Al Bezuyen

Covenant Reformed Church
of Toronto, Ontario, Canadá
aabezuyen@gmail.com

4. Conozca el Seminario Internacional MINTS Centroamérica

José J. Ramírez

¿Quién es MINTS-CA?

El Seminario Internacional MINTS en Centroamérica (MINTS-CA), es el representante oficial de MINTS International Seminary, con la sede principal en Miami, Florida, EE.UU., que trabaja como un ministerio de educación teológica a nivel superior y desarrolla los programas de estudio aprobados por MINTS para Centroamérica por medio de la fundación de centros de estudio a nivel básico y superior.

Misión de MINTS-CA

Preparar a las generaciones de líderes cristianos competentes para la vocación ministerial a la que han sido llamados a servir, con una visión clara de servicio y

excelencia, con profundos valores cristianos basados en las Sagradas Escrituras para responder a las necesidades y cambios de la iglesia y sociedad en la que se desarrollan y en la que han sido llamados a servir.

Visión de MINTS-CA

Ser una entidad académica de estudios teológicos al alcance de todos los líderes cristianos que buscan servir con excelencia en el liderazgo de la iglesia local, reconocida por su apertura y práctica cristiana. Por otro lado, lo que se busca es hacer la diferencia en la sociedad teológica contemporánea por medio de la formación de discípulos al estilo del Señor Jesús.

Filosofía educativa

Desarrollamos una metodología de Seminario Misionero, llevando la educación teológica que se denomina bíblica,

evangélica y reformada al lugar en que se encuentran los estudiantes. Esto es posible por medio de la fundación de centros de estudio en iglesias, casas de hermanos, escuelas de líderes, institutos, universidades y otros lugares disponibles. La idea es que los estudiantes con más experiencia en el desarrollo de los cursos de MINTS-CA, se encarguen de enseñar a los nuevos estudiantes. Los estudiantes son motivados a producir sus propios cursos en su idioma y luego incorporarlos al programa. MINTS-CA usa como base principal la autodidáctica para encaminar a los estudiantes en la comprensión teológica de sus materiales.

La meta de MINTS-CA es lograr que al menos diez estudiantes obtengan el grado de Doctorado en Ministerio (DMin.) en cada centro de estudio. Así cada centro puede funcionar

como una institución educativa en todos los niveles de educación, con una casa editorial para publicar los cursos que producen los estudiantes, y una institución misionera para enviar profesores por todo el país y fuera de él para apoyar a otros centros de estudio en desarrollo.

Programas de estudio

El programa de estudios que desarrolla MINTS-CA es un sistema de formación teológica abierta, flexible y multiplicativo. Todos los

líderes cristianos tienen acceso al estudio con este sistema. Todos nuestros niveles están relacionados los unos con los otros. Todos los creyentes hispanoparlantes que desean estudiar pueden hacerlo. Nuestros niveles comienzan con Diplomados en Teología (Educación Básica). Por ende, no hay excusas para no estudiar. Todos aquellos latinos que por no tener al menos los doce años de educación básica están fuera del sistema académico hoy



CURSO SOBRE INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA EN EL SEMINARIO TEOLÓGICO CONGREGACIONAL DE METAPÁN

tienen acceso a la capacitación académica. Con este sistema de educación pueden incorporarse a la comunidad académica y continuar sus estudios aun en el nivel superior. Esta es la gran oportunidad que los creyentes esperaban para prepararse y así servir mejor en el reino de Dios y para salir de la ignorancia teológica que ha frenado el crecimiento integral de la iglesia.

El Seminario Internacional de MINTS en Centroamérica (MINTS-CA) tiene un plan de educación inclusivo. Es decir, incluye a todos los estudiantes de teología sin importar el nivel al que pretenden entrar. Los niveles de estudio que promueve MINTS-CA son: Diplomados, Bachillerato, Licenciatura, Maestrías y Doctorados. Los programas de estudios se enumeran de la siguiente manera:

- Diplomado en Biblia, Teología, Teología Práctica, Historia y Misiones y Humanidades
- Bachillerato en Teología
- Licenciatura en Teología - Maestría en Teología
- Maestría en Educación Cristiana
- Maestría en Divinidades
- Doctorado en Ministerio DMin.
- Doctorado en Teología PhD

Reconocimiento de MINTS

MINTS es una institución de educación superior teológica internacional que

desarrolla una metodología de educación a distancia llamada: Educación Teológica Continuada Global

“ETC-G”. Esta modalidad le ofrece al estudiante la oportunidad de estudiar teología a todos los niveles académicos y sin dejar el contexto en el que vive y ministra, usando todos los recursos a su disponibilidad. Así que, las siglas ETC-G representan el concepto de estudiar teología a todos los niveles y en cualquier lugar para capacitar a los cristianos para servir a Dios y a su Iglesia de una manera actualizada, teocéntrica, cristocéntrica y bibliocéntrica.

MINTS recibió la autorización académica de la Junta Estatal de los Colegios y Universidades Independientes del Estado de Florida, el 6 de octubre del 2000 y luego en el año 2003 del Departamento de Educación del Estado de Florida.

5. Comité de MINTS Centroamérica

DECANO ACADÉMICO ASOCIADO:

Rev. José J. Ramírez

Toronto, Canadá

Tel. (647) 465-9243

(503) 7090-2964

mints-ca@hotmail.com

ASISTENTES ACADÉMICOS:

Lic. Lester Martínez

San José, Costa Rica

Tel. (506) 8349-8734

gamarlescr@gmail.com

Lic. Daniel Lobo

San José, Costa Rica

Tel. (506) 8712-7091

djlobov@yahoo.com

ASISTENTES ADMINISTRATIVOS:

Lic. Marvin Argumedo

Chalchuapa, Santa Ana, El Salvador

Tel. (503) 7103-5175 /
2441-9640

simes.contacto@gmail.com

**ASISTENTES
FINANCIEROS:**

Lic. Carlos Coffin

Puerto Cabezas, Nicaragua

Tel. (505) 8846-3974

carlosoffin@hotmail.com

Lic. Caleb Urbina

Managua, Nicaragua

Tel. (505) 8240 – 4975

ecaleb01@gmail.com

**ASISTENTES
MINISTERIAL:**

Lic. Enoc Torres

Tegucigalpa, Honduras

Tel. (504) 8990-5221

enocorresarias@yahoo.com

Lic. Demetrio Alvarado

Huehuetenango, Guatemala

Tel. (502) 5996-6732

reformadohuehue@hotmail.com

Lic. Andy de la Cruz Jr.

Panamá, Panamá

Tel. (507) 6364 – 8212

hermano_andydelacruz@yahoo.es

Rev. José J. Ramírez es profesor a tiempo completo de MINTS International Seminary. Sirve además como Decano Académico Asociado de MINTS Centroamérica y coordina el programa hispano de MINTS en Toronto. Es Director Ejecutivo del Seminario Internacional MINTS en El Salvador (SIMES). Funge como Supervisor Misionero de la Iglesia Reformada Pacto de Gracia El Salvador, con cuatro congregaciones en El Salvador y dos en Nicaragua. Es pastor de la Iglesia Nuevo Pacto en Toronto, bajo la supervisión de la Iglesia Reformada del Pacto de Toronto. Con 21 años de experiencia ministerial, especialmente en la plantación de nuevas obras y preparación de líderes para hacer un ministerio contextualizado. Hasta el momento, por la gracia de Dios, ha tenido el privilegio

de participar en la plantación de nueve iglesias entre Norte América y Centroamérica. Está casado con Rosa Ramírez, con quien tiene dos hijos: Rosa Esmeralda y Steve Ramírez. Viven en Toronto, Canadá, y son miembros activos de la Iglesia Reformada del Pacto.

6. Conociendo el Programa en Línea de MINTS

*Por Jaime Morales,
coordinador de
MINTS Online*

El programa en línea de MINTS sigue la filosofía de la Educación Teológica Continuada Global (ETC-G), es decir, aquella que “ofrece al estudiante la oportunidad de estudiar teología a todos los niveles educativos sin dejar su contexto en el ministerio y utilizando todos los recursos de instrucción disponibles” de acuerdo con la posición

del Dr. Cornelio Hegeman, en su curso “Filosofía de la Educación Cristiana”.

Precisamente con el programa en línea de MINTS se cumple a cabalidad con la Educación Global, ya que con él MINTS puede llegar a todas las personas en cualquier lugar del mundo, aun cuando no haya centros de MINTS presenciales cercanos.

Por ejemplo, por medio de MINTS Online podemos a llegar a las siguientes personas:

- Misioneros sirviendo en el campo donde pueden continuar sus estudios teológicos y misiológicos en el lugar donde están sirviendo.
- Creyentes que han emigrado a otras naciones que no hablan español que de esta manera pueden estudiar en el idioma de su corazón.
- Líderes que no tienen un seminario cerca de sus

hogares y desean estudiar desde el lugar donde sirven a Dios sin tener que dejar su propio contexto.

- Personas que por su horario de trabajo o ministerio itinerante no pueden estudiar en un seminario que tiene un horario regular.
- Creyentes nativos digitales que sencillamente prefieren este tipo de sistema en lugar del sistema tradicional.
- Estudiantes de MINTS de centros presenciales que desean adelantar cursos para ir más rápido en sus estudios o sencillamente que desean llevar 10 cursos para una mención en particular para su diploma (por ejemplo, 10 cursos de Ministerio Juvenil, 10 cursos de Misiones, 10 cursos de Educación Cristiana, etc).
- Estudiantes de MINTS que iniciaron sus estudios en un centro presencial y que por diversas razones

han tenido que mudarse a otra zona en su país o han migrado al exterior y desean continuar los estudios ya iniciados en MINTS.

Por otro lado, los estudiantes pueden estudiar en el nivel que requieren ya sea certificado, licenciatura, maestría o doctorado, y cuando cumplen con ese nivel seguir estudiando continuamente para cumplir con la Educación Continuada.

En resumen, el programa en línea ofrece una alternativa más como parte del movimiento de Educación Teológica Continuada Global del cuál es parte el Seminario MINTS.

Para más información sobre MINTS Online puede escribir al email:

profejaime@hotmail.com
o al WhatsApp (506) 8979-0605 con Jaime Morales.

LA GRACIA DE DIOS

TODA DENOMINACIÓN, TODA IGLESIA Y TODO CRISTIANO honra la gracia de Dios. Si no alaba a Dios por su gracia, no es cristiano, así de simple. Con solo repasar la cantidad de referencias bíblicas a “gracia” y “misericordia” (sin notar otros sinónimos), uno podrá apreciar el lugar céntrico que tiene este concepto en la historia bíblica. Ocurre cientos de veces.

Sin embargo, no todas las corrientes del cristianismo entienden la gracia de la misma manera. Por algo los reformadores del siglo XVI sintieron la necesidad de enfatizar la “Sola Gratia” de Dios, contrastada con la teología católica romana que mezclaba mérito y esfuerzo humano con la gracia de Dios. De la misma manera, los reformados posteriores sintieron la necesidad de rechazar al arminianismo evangélico (a través de los Cánones de Dort y la Confesión de Fe de Westminster) porque este hacía exactamente lo mismo: mezclaba mérito y esfuerzo humano con la gracia de Dios.

Entendido de la forma más simple, y lo que remarcaban una y otra vez los reformadores, la ‘gracia’ no es gracia si el hombre debe contribuir algo. Termina siendo un acuerdo entre Dios y el hombre, precisamente lo que Pablo niega en Romanos 4. Pero si el hombre está “muerto en sus delitos y pecados” (Efesios 2:1ss), lo que necesita no es una ‘colaboración’ de parte de Dios, sino una verdadera ‘resurrección’ soberana y misericordiosa.

Las Escrituras enseñan de principio a fin que el hombre, al rebelarse contra Dios, sacrificó no solo toda capacidad de servir y agradar a Dios, no solo el poder de redimirse ante Dios, no solo toda posibilidad de merecer algo de parte de Dios, sino que también se hizo un justo merecedor de absoluta maldición de parte de Dios sobre *todo* aspecto de su vida en este mundo y en el venidero. Es por esto que las Escrituras señalan que no solamente la justificación viene por la gracia de Dios, sino también todo aspecto de la santificación del hombre, toda liberación de los efectos del pecado en esta vida viene por la gracia inmerecida de Dios.

Este número de nuestro boletín *Reforma Siglo XXI* tiene el propósito de honrar y exaltar la maravillosa misericordia de Dios en muchos aspectos de la vida cristiana. Es nuestra convicción que urge recuperar un mejor aprecio por la naturaleza, el alcance y el poder de la gracia de Dios. Cuanto más semipelagiana o arminiana sea la Iglesia, menos honrará a Dios y menos cumplirá su misión en este mundo. Cuanto más bíblica —¿diremos ‘calvinista’?— sea la Iglesia, mejor sabrá dar *toda* la gloria a Dios por su gracia inmerecida, y mejor capacitada estará para servir con valentía en un mundo cada vez más enemigo de la fe.

¡Sola gratia! y ¡Soli Deo gloria!

Guillermo Green

Secretario Ejecutivo — CLIR

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE CLIR

ESTIMADOS LECTORES DE NUESTRO BOLETÍN REFORMA Siglo XXI, me es grato saludarles en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Queremos expresar nuestro profundo agradecimiento a todos los que gustan de una saludable lectura por medio de nuestro boletín. Gracias por su apoyo y oraciones. La familia de CLIR agradece a Dios por lo que nos ha permitido hacer en este tiempo.

Presentamos el siguiente número en el que se han seleccionado interesantes temas que serán de gran bendición para sus vidas. Nuestro tema general es la gracia de Dios en diferentes áreas de la vida cristiana.

Desde el pacto de la gracia, pasando por los medios de gracia y el papel de la gracia en el andar cristiano, todos estos temas son presentados magistralmente por nuestros escritores, los cuales son muy cuidadosos de la sana doctrina y han puesto especial interés en hacerles llegar un material digno de toda confianza, con una postura bíblica reformada. Usted puede tener toda la seguridad de que este boletín puede ser útil en sus predicaciones y enseñanzas en su iglesia. ¡A Dios sea la gloria!

Fraternalmente,

Pbro. Daniel Izquierdo Hernández

Presidente de CLIR

GRACIA ABUNDANTE

“**L**A SALVACIÓN ES DEL SEÑOR”. ESTA DECLARACIÓN tan conocida, pero a menudo pasada por alto. Es un fuerte recordatorio de que todo lo que compete a la salvación del hombre, de principio a fin, tiene su origen única y exclusivamente en Dios mismo. El hombre no aportó ni aportará nunca nada a esta salvación. Fue Dios quien ideó el plan de salvación desde antes de la fundación del mundo; fue Él quien envió a su Hijo a pagar el precio por nuestra redención; es Él quien aplica esa obra y sus beneficios a los creyentes por medio del Espíritu Santo; y es Él quien prepara la gloria para nosotros y nos prepara a nosotros para la gloria.

Las doctrinas de la gracia son la más clara y consistente presentación de esta verdad. En el boletín *Reforma Siglo XXI*, volumen 19, número 2, en ocasión de los 500 años de la Reforma Protestante, ofrecimos un hermoso resumen de estas maravillosas doctrinas de la pluma de Joel Barnes. En esta ocasión, presento un breve resumen de las mismas verdades, pero con el propósito de establecer el punto de partida para cada uno de los artículos que conforman el presente boletín.

Depravación Total

Los seres humanos desde Adán hemos heredado por generación natural la culpa y la corrupción de nuestro primer padre. Él, al rebelarse contra Dios, se contaminó en todas las áreas de su vida: su entendimiento, sus afectos, su voluntad

y su cuerpo. Siendo cabeza o representante de la humanidad ante Dios, en él caímos todos, de modo que compartimos esa naturaleza corrupta desde el nacimiento. Estamos también sujetos a la muerte que entró al mundo por causa de él, y hemos perdido junto con él la comunión con Dios. Esta muerte no es solo física, sino espiritual. Estamos muertos en nuestra voluntad y somos incapaces de amar a Dios y de guardar su palabra. Todos estamos bajo maldición.

Elección Incondicional

Desde antes de la fundación del mundo, en la eternidad pasada, Dios Padre ha elegido en Cristo a un pueblo para ser salvo por medio de Él, de todo pueblo, lengua, tribu y nación. Estos gozan la condición de elegidos no por mérito propio, ni por nada que Dios haya visto de antemano en ellos, sino por razones que se encuentran solo en Dios. Así, no fueron elegidos por lo que eran ni por lo que llegarían a ser, sino, por el contrario, muy a pesar de su condición, de pura gracia. Fue por ellos que el Hijo murió, y cada uno de ellos, sin excepción, será llevado por el Espíritu a la fe salvífica.

Expiación Limitada o Definida

El Hijo vino al mundo, enviado del Padre, en el cumplimiento del tiempo, para llevar a cabo en la historia la obra de redención de su pueblo. Nació sin pecado, de la virgen María, y llevó una vida de perfecta obediencia al Padre para imputar su justicia a los elegidos, declarándolos así justos por la fe delante de Dios. Como Cordero sin mancha, Jesucristo fue hasta la cruz donde ofreció su vida para apaciguar la ira de Dios en contra de los suyos. Así, en la cruz, tomó sobre sí todo el pecado y la culpa de ellos, haciéndose maldición

en lugar de ellos, de modo que el castigo que ellos justamente merecían cayó sobre Él. Con su sangre, Jesús pagó el precio de redención de su Iglesia, concediéndole libertad del pecado y de la muerte, e hizo la paz entre ella y Dios. Su sangre no se derramó en vano, sino que cumple el propósito definitivo de salvar a aquellos que Dios Padre había elegido en la eternidad, de modo que no se perderá ninguno de ellos.

Llamado Eficaz o Gracia Irresistible

El Espíritu Santo, que proviene del Padre y del Hijo, fue derramado en el mundo para aplicar esta gran salvación en todos los elegidos. Es el Espíritu Santo quien quita el corazón de piedra y, según la promesa, da a cada elegido un corazón de carne para que, vivificado, pueda arrepentirse y ejercer fe salvadora en la persona y obra de Jesús. Así, el creyente recibe nueva vida, un nuevo nacimiento, y es hecho nueva criatura en Cristo. Su entendimiento es iluminado, sus afectos purificados y su voluntad alineada de modo que ahora puede conocer, amar y obedecer a Dios. Esta obra del Espíritu en el corazón es irrevocable e irresistible.

Perseverancia o Preservación de los Santos

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo guardan por la eternidad a los elegidos, de modo que todos los predestinados para ser hechos conforme a la imagen de Cristo serán llamados, justificados y glorificados. Los que han nacido de nuevo no pueden volver a su estado anterior, así como un recién nacido tampoco puede volver al vientre de su madre. Ninguno de los que han sido verdaderamente salvados por Cristo puede perder esa salvación, porque esta no depende de ellos para empezar. La salvación es del Señor.

Gracia sobre gracia sobre gracia...

Muchas veces nos enfocamos en el papel de la gracia en la salvación, pero olvidamos el papel que desempeña en nuestra vida continua como creyentes. Ese es el propósito del presente boletín. Debemos hacer eco al llamado de Pablo a los colosenses cuando les dijo: “Por tanto, de la manera que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en Él”. No perdamos de vista que la salvación, en todas sus implicaciones, de principio a fin, es del Señor; de principio a fin, es por gracia. Dependemos del favor constante de nuestro Dios en todo momento de nuestro peregrinaje. Adentrémonos entonces y escudriñemos las implicaciones de esta gracia que no solo nos ha elegido y nos ha llamado y nos ha salvado, sino que también nos sostiene y nos preserva hasta el día de Jesucristo.

Daniel J. Lobo

Editor General

REFLEXIONES SOBRE EL PACTO DE GRACIA

Guillermo Green

UNO DE LOS CONCEPTOS MÁS PRECIOSOS DE LA BIBLIA, y más tergiversado, es el concepto de “la gracia de Dios”. Por motivos de espacio, tomaremos solamente uno de los errores que despoja a los cristianos del bálsamo dulce de la gracia de Dios. Me refiero a las corrientes de teología que ven el Antiguo Testamento principalmente como una historia judía, que provee buenos ejemplos de personas que fueron u obedientes o desobedientes, y que sirve como *simple preparación* para el Nuevo Testamento en algún sentido (algunas profecías, por ejemplo). El *dispensacionalismo* es uno de estos sistemas, pero no el único. Todo método *moralizador* que reduce la historia bíblica del Antiguo Testamento a meros ejemplos de buenos y malos comparte este defecto. ¿Cuál defecto? El de ocultar la gracia de Dios en todo el Antiguo Testamento, ocultando el Evangelio mismo que permea todos los pasajes del Antiguo Testamento. El Evangelio no se encuentra transmitido con la misma claridad en todos los pasajes, pero hay un hilo conductor, una cuerda hecha de varios hilos, y uno de ellos es la gracia de Dios.

Cuando usamos pasajes de la Biblia solo para enseñar ejemplos de buenos y malos, le estamos robando al oyente su tiempo y, peor aún, el don divino que Dios quiere impartir. El periódico sirve para dar ejemplos buenos o malos; para eso

no necesitamos la Biblia. La Biblia nos da algo que ningún hombre nos puede dar: la gracia de Dios ofrecida y otorgada en Cristo por la fe. Y es absurdo pensar que Dios mandó a escribir treinta y nueve libros del Antiguo Testamento durante más de mil años solo para rellenar la biblioteca en el templo, ¡mientras tanto Jesucristo llegaba para traer gracia!

Entiendo cómo los simples o indoctos podrían llegar a ciertas conclusiones equivocadas. Tomemos, por ejemplo, el siguiente versículo: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17 RVR1960). Si no tomáramos el resto del testimonio bíblico en cuenta, sería fácil llegar a la conclusión de que la gracia nunca llegó ¡salvo hasta la venida de Jesucristo! No obstante, en primer lugar, el idioma griego no tiene la disyuntiva “pero” (no sé por qué la versión Reina-Valera lo inserta). Juan está dando simplemente un vistazo panorámico de la obra de Dios desde Moisés hasta Jesús. El contraste entre las etapas antiguas y modernas que Juan hace no niega la presencia de la gracia de Dios anteriormente.

¿Cuál es el peligro que estamos señalando? El peligro que debemos evitar es comenzar con el Nuevo Testamento para buscar la gracia de Dios. Es más, diré que si lo hacemos de esa manera, comenzando con el Nuevo Testamento, casi con certeza llegaremos a conceptos equivocados de la gracia de Dios. Porque Dios dio su gracia dentro de todo un contexto de su creación del mundo y especialmente del hombre, el lugar y la tarea del hombre, su rebelión, las promesas de Dios, el alcance de sus promesas, las etapas de la administración divina de la gracia, etc. El Nuevo Testamento solo hace breves referencias a muchas de estas cosas, sin entrar

en detalle, porque los autores del NT presuponen el estudio y conocimiento del AT.

Sin menospreciar el desarrollo que ha tomado lugar con la venida de Cristo, los beneficios y el grado de revelación, existen *muchas cosas fundamentales que llevan una continuidad desde el AT hasta el NT*. Si tomamos el concepto del “reino de Dios” como el parámetro global para el testimonio bíblico, tenemos que ver la “gracia de Dios” no solo como la meta de su reino, sino también como el motor.

Quiero señalar solamente un par de cosas que considero fundamentales para nuestra comprensión de la naturaleza de la gracia, tanto del AT como del NT.

Invocar el nombre de Dios

La respuesta natural del creyente al ser tocado por la gracia de Dios es “invocar a Dios” o “invocar el nombre de Dios”. El pacto que Dios estableció con Abraham se ha llamado “el pacto de gracia” por razones obvias: Abraham no tenía que —¡ni podía!— ameritar las promesas de Dios, fueron hechas por pura misericordia, y esto lo recalca con toda fuerza en el Nuevo Testamento (ver p. ej. Gálatas 3). El privilegio que se le otorga al ser humano, objeto de la gracia de Dios, es poder “invocar el nombre de Dios”.

No nos debe sorprender que lo primero que hace Abraham al entrar en Canaán es levantar altares e “invocar” el nombre de Dios (Gén. 12:8). Abraham estaba poniendo su pie sobre el terreno que Dios le prometió a su posteridad *por gracia*.

Si continuamos a lo largo del testimonio bíblico, encontramos que “invocar el nombre de Dios” es el gran privilegio y bendición otorgada al pueblo de Dios. Por ejemplo, el Salmo

105:1 convoca al pueblo de Dios con la siguiente exhortación: *“Alabad a Jehová, invocad su nombre; Dad a conocer sus obras en los pueblos”*. El templo de Dios es el lugar donde es *“invocado el nombre de Dios”* (1 Reyes 8:43, 52: *“Estén, pues, atentos tus ojos a la oración de tu siervo y a la plegaria de tu pueblo Israel, para oírlos en todo aquello por lo cual te invocaren”*). Notamos en estos textos que existe una fluidez entre el individuo y el pueblo. El creyente Abraham invoca el nombre de Dios, el salmista invita a otros, pero el pueblo entero también lo hace. Y Dios hace promesas *al pueblo* que invoca su nombre. La gracia de Dios derramada en el corazón (del individuo o del pueblo) produce un corazón que *“invoca su nombre”*.

Pero en la relación de pacto no es solo el pueblo quien invoca el nombre de Dios, sino Dios quien sella también con su nombre —¡gracia sobre gracia!—. La bendición sacerdotal tenía como propósito sellar *“con el nombre de Dios”*: *“Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré”* (Núm. 6:27; Deut. 28:10). Dios también sellaba el lugar de adoración con su nombre (1 Crón. 6:20; 7:16). Los ungidos de Dios bendecían al pueblo *“en el nombre de Jehová”* (1 Crón. 16:2). Cuando el pueblo de Israel hubiera pecado, un motivo de arrepentimiento era que el nombre de Dios era invocado sobre ellos (2 Crón. 7:14).

Lo que hemos intentado mostrar aquí es la relación estrecha entre *“invocar el nombre de Dios”* y haber conocido a Dios por gracia, haber experimentado su gracia. Esta experiencia se desborda en alabanzas a Dios e impulsa al creyente a invitar a otros a invocar su nombre. Y el consuelo más grande es saber que ¡Dios mismo invoca su propio nombre sobre su pueblo!

El Nuevo Testamento

Cuando nos pasamos al NT, lo que encontramos no es un plano espiritual más alto o más “real”. Encontramos lo mismo que Dios viene diciendo desde que llamó a Abraham. Pablo cita precisamente al AT para referirse a la forma de salvarse, que siempre era la misma: “porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Rom. 10:13; ver 2 Sam. 22:4, Salmo 18:3, Joel 2:32). De igual manera que los sacerdotes sellaban al pueblo con el nombre de Dios, el pueblo de Dios en el NT es “sellado” con el nombre de Dios (bautizado en el “nombre” del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo [Mat. 28:19; ver Juan 17:12, 26]; los apóstoles bendicen la Iglesia con la “gracia de Dios” [1 Cor. 16:23; 2 Cor. 13:14, etc.]).

Como el nombre de Dios sellaba el lugar de adoración en el AT (el templo), de igual manera, donde hay dos o tres “reunidos en el NOMBRE de Cristo”, Él promete estar (Mat. 18:20). Es decir, el nombre de Cristo está sobre el nuevo templo, la Iglesia del Señor.

Pablo conceptualiza su ministerio como el cumplimiento de lo que el pueblo de Dios hacía en el AT: “Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia, como está escrito: Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles, Y cantaré a tu nombre. Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo” (Rom. 15:8-10; ver 1 Crón. 16:8).

El hecho de que los apóstoles pensaban en la Iglesia del NT en términos del pueblo de Israel, como *recipiente de la gracia de Dios*, se ve muy claramente en Santiago 2:6-7 (ver contexto): “Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os

oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?” Santiago cita Isaías 52:5. El apóstol considera que el “nombre de Dios” había sido invocado por ellos y sobre ellos, sin embargo estaba siendo blasfemado por su desobediencia. Encontramos las mismas categorías que el trato de Dios con Israel —un trato de pacto con un pueblo que recibe el sello del nombre de Dios, pero sobre quienes las maldiciones del pacto podían caer si desobedecían (Santiago 2:13)—. No encontramos un nivel diferente de lo que hallamos en el AT, sino el mismo concepto de que “invocar el nombre de Dios” es un privilegio que violan con gran peligro, habiendo recibido conocimiento de la gracia de Dios. La meta de Dios (en términos humanos, de pacto) con los que eran circuncidados a los ocho días siempre era: *“Cercano está Jehová a todos los que le invocan, A todos los que le invocan de veras”* (Salmo 145:18). La meta del pacto del AT no era una relación terrenal. La circuncisión no era una señal terrenal. Llevaba en sí la “meta” de conducir al Israelita a una relación *de veras* con el Dios del pacto. ¡Nada ha cambiado!

La presencia de la gracia de Dios entre su pueblo se comunica por medio del concepto “invocar el nombre de Dios”, y encontramos una continuidad de esta manifestación de la gracia de Dios desde el AT hasta el final del NT.

El concepto de “pueblo”

No voy a citar las 1631 veces que el término “pueblo” aparece en el AT. Lo importante para nosotros es ver cómo los apóstoles emplean este término tan familiar para ellos. Comenzamos con las palabras del apóstol Pablo en Romanos 9:24-26. Refiriéndose a la Iglesia (judíos y gentiles, vs. 24),

cita al profeta Oseas para probar que el plan de Dios era incorporar a los gentiles en su plan de salvación. Lo importante es el término que Pablo usa: “pueblo”. Es el término más común para describir al pueblo de Dios desde sus comienzos —mucho antes de la formación de Israel en Sinaí—. Cuando Dios establece pacto con Abraham y cuando manda circuncidar a los hijos, llama “pueblo” a los suyos (Gén. 17:14). El Dios de pacto es el Dios del “pueblo”, que incluye desde los comienzos a los hijos del pueblo. El Dios de gracia establece lo que Él llama “su pueblo”.

Cuando Pablo describe la Iglesia en Corinto, escoge la fórmula clásica del AT para describir el pueblo del pacto: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, Y seré su Dios, Y ellos serán mi pueblo” (2 Cor. 6:16; ver todas las citas en la Biblia donde se emplea “seré vuestro Dios y me serán por pueblo”).

No debemos pasar por alto el texto familiar de 1 Pedro 2:9-10. Empleando términos tomados directamente del AT (Deut. 10:15; Ex. 19:6), describe a la Iglesia en los mismos términos. Es interesante el uso de “pueblo” en el vs. 10. Pedro contempla la Iglesia como los que eran “no-pueblo”, pero por la gracia de Dios fuimos tomados por pueblo. Este concepto tiene un largo desarrollo, comenzando por Abraham, pasando por la confesión específica que el israelita debía hacer de que su padre había sido solamente un “arameo a punto de perecer”, pero Dios levantó una gran nación de él (Deut. 26:5-10), pasando de nuevo por la desobediencia de Israel y las promesas de que Dios levantaría un “no-pueblo” para ser su pueblo (Oseas, et ál.). Pedro ve a la Iglesia como

el cumplimiento de todo este desarrollo. Si la Iglesia del NT ha recibido gracia, es porque ella es la continuación de la obra que Dios comenzó en el AT. De otra manera, las ilustraciones de Pedro no tienen sentido.

Las promesas de pacto

Encontramos un patrón en la relación entre Dios y su pueblo. Al establecer su pacto de gracia con Abraham, Dios específicamente incluye a sus hijos (Gén. 17:9-14). Cuando el pueblo de Israel es establecido en Sinaí, y cuando entran a la tierra, el pacto de Dios es ratificado *específicamente* ante los hijos (ver Deut. 29:10; Josué 8:35; 2 Crón. 20:13). Dado este patrón, cuando Dios comienza a anunciar un *nuevo pacto*, toma en cuenta a los hijos de nuevo (Isa. 54:13; Jer. 31:34; Joel 2:28). Jesús reprende tajantemente toda actitud de menosprecio hacia los niños, porque “de los tales es el reino de los cielos” (Mat. 19:14). Jesús, “poniendo las manos sobre ellos, los bendecía”. El Dios de pacto los estaba sellando con su “Nombre” como hijos del pacto. Pablo parece tener el mismo concepto cuando señala que nuestros hijos son “santificados” por la fe de padre o madre: “Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, *mientras que ahora son santos*” (1 Cor. 7:14). No podemos decir que Pablo está garantizando la salvación eterna con este texto, sino que el apóstol está operando dentro del contexto de pacto. Pablo nos interpreta la forma en que Dios “enseñará” a todos sus hijos (Jeremías 31:34): en hogares cristianos. Son “santificados”, apartados por Dios para ser instruidos en el conocimiento de Él.

Las promesas del AT incluyen específicamente a los hijos del pueblo de Dios como beneficiarios de la gracia de Dios. Los pasajes del NT sobre los hijos de creyentes no son bien entendidos aparte de apreciar la continuidad de la gracia de Dios manifestada en forma pactual a un pueblo compuesto de familias bajo ese pacto de Dios.

El carácter espiritual del pacto en el Antiguo Testamento

Creo que no tengo que citar tantos pasajes, pero hay muchos que demuestran la naturaleza espiritual del pacto del AT. Solo debemos señalar que Dios mismo aclara el significado de la circuncisión física: señalaba una circuncisión del corazón (Deut. 10:16, Jer. 4:4). Estos versículos no son periféricos al significado de la circuncisión. Es precisamente la interpretación que Dios da en cuanto al significado. La señal de pacto *física* debía llevar a un reconocimiento *real* del pacto de Dios. Esta es la forma en que Dios escogió obrar. Todas las señales del pacto hacen exactamente eso: “señalan” algo que Dios quiere enseñar. Así son el Bautismo y la Santa Cena del NT: señalan promesas y aspectos de la salvación en Cristo. La señal y la realidad son dos cosas diferentes, la señal no es la realidad. Pero Dios provee la señal física con el propósito de evocar fe, confianza y obediencia en el recipiente.

Énfasis en el concepto de “corazón” en el Antiguo Testamento

El número de pasajes que enfatizan la importancia del corazón en el AT es grande. Las ofrendas debían ser ofrecidas *de corazón* (Éx. 35:5). El israelita debía guardar *su corazón* del rencor (Lev. 19:17). Dios profetiza que después de desobedecer, Él mismo humillará a su pueblo para que su *corazón*

incircunciso retorne a Él (Lev. 26:41-45). La obligación del antiguo pacto, al igual que el nuevo, era buscar a Dios con todo el corazón: “*Mas si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma*” (Deut. 4:29). El resumen que cita nuestro Señor Jesús de la verdadera obediencia viene del AT: “*Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas*” (Deut. 6:5). Y el evangelio no tiene mejor presentación que las palabras de David en el Salmo 51:17: “*Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios*”. La esencia del pacto en el AT era tan espiritual como lo es en el nuevo pacto. Las diferencias no consisten en promesas o relaciones “terrenales-espirituales”, “nacionales-espirituales”. La sola gracia de Dios establece un pueblo al cual Dios le es fiel hasta el final.

¿En qué consiste lo “nuevo” del nuevo pacto?

Ya hemos visto que lo “nuevo” del NT no es de orden “espiritual”. Lo nuevo no es que el pueblo de Dios sea *fundamentalmente diferente de lo que era en el AT*. La forma de salvarse es la misma, y las demandas del pacto son las mismas. Debemos ver las diferencias dentro de la historia de la redención. Cuando Dios formó el pueblo de Israel bajo Moisés, hubo “diferencias” con relación a su organización anterior desde Abraham —algunas grandes—. Ya no eran unas tribus, sino una nación con leyes diferentes para organizarlos. Pasaron a otra etapa de organización y de revelación. Sin embargo, la esencia del pacto no cambió: Dios seguía siendo su Dios y ellos su pueblo. En el NT tenemos otro “avance” (el último) en revelación y organización. Los gentiles son injertados, la organización de la Iglesia es modificada

para adaptarse a su tarea misionera, pero la esencia del pacto sigue siendo la misma. Los apóstoles utilizan *todos los términos del AT para describir el pueblo de Dios del NT*, incluyendo ser herederos de “la tierra” (Efesios 6:2-3).

Un pueblo bajo la gracia de Dios

Si la Iglesia del NT es recipiente de la gracia de Dios, lo es solamente porque el plan de gracia había comenzado milenios antes. Nos hemos enfocado solamente en una de las formas en las que hoy se pisotea la gracia de Dios: negar la continuidad del NT con el AT. Hay muchas otras. Pero, con relación a nuestro tema particular, ¿cuáles son los peligros de no apreciar la continuidad de la obra de Dios en su Iglesia? Ya hemos mencionado varios, pero resumiremos.

1) Podemos minimizar o ignorar por completo el concepto importante de “invocar el nombre de Dios” con nuestro corazón y con la boca. Este concepto se origina y *se define* en el AT. Al ignorar sus raíces, cabe la tentación de darle otro contenido, o de obviarlo por completo.

2) Otro gran peligro que ha afectado negativamente a la iglesia de hoy es ignorar el hecho de que la gracia de Dios establece *un pueblo*. El individualismo exagerado de la iglesia hoy, y de los cristianos en general, tiene que tener relación con no apreciar el fruto de la gracia de Dios desde los comienzos: formar un pueblo.

3) La gracia de Dios establece una estructura familiar diferente, una que responde a la gracia de Dios y honra esta gracia con instruir a sus hijos en el conocimiento de su Dios. Hijos “santos” deben ser separados y formados de una

manera muy diferente a los del “mundo” —aun cuando solo uno de sus padres sea creyente (1 Cor. 7:14)—.

4) Al apreciar la centralidad de gracia en los antiguos pactos (Abrahámico, Mosaico) nos ayuda con dos cosas. Primero, podremos estar atentos a los elementos del NT que tienen su definición desde el AT. Esto nos ayudará a no inventar categorías nuevas, sino tomar lo que Dios mismo declaró. Y segundo, podremos apreciar que Dios no repite todo lo que ya reveló en el AT. Iremos al AT para sacar todos los tesoros de la gracia que Dios dejó ahí, y esto a su vez nos ayudará a comprender más profundamente el mismo NT, ya que los apóstoles apoyan toda doctrina importante citando el AT.

¡No cedamos la gracia de Dios a los descuidados, los inventores, los que medran la gracia de Dios por ganancias injustas! La mejor forma de protegernos será fundamentar nuestra perspectiva de la gracia de Dios en *toda* la revelación bíblica, comenzando donde Dios comenzó: en Génesis 1, y continuando hasta el final.

Guillermo Green y su esposa, Aletha, han sido misioneros en Costa Rica desde 1985. Ha trabajado en la plantación de iglesias y ha sido pastor de la Iglesia Presbiteriana y Reformada Pacto de Gracia durante 13 años. Es autor de varios libros y artículos, conferencista y profesor. Actualmente es el Secretario Ejecutivo de la Confraternidad Latinoamericana de Iglesias Reformadas.



NO SIEMPRE
PREDICO ACERCA
DE LA GRACIA,



PERO CUANDO
LO HAGO...



ES
IRRESISTIBLE.

LA GRACIA EN LA PREDICACIÓN

Mario Cely Q.

TODA PREDICACIÓN O ENSEÑANZA BÍBLICA SOBRE EL evangelio debe por lo menos poseer un carácter explícito o implícito del rico y profundo significado de la gracia de Dios. De no hacerlo así, corremos el riesgo de anunciar de forma incorrecta “las inescrutables riquezas de Cristo”, pues nuestro propio Salvador por excelencia es la más sublime personificación de este maravilloso concepto. Bien dijo el apóstol..., “La gracia y la verdad vinieron por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Juan 1:17).

Un entendimiento aproximado de esta idea podemos hallarla en Agustín de Hipona (354-430), probablemente el más importante padre de la iglesia latina y a quien originalmente se le atribuye este razonamiento: “La esencia de la teología cristiana es la *gracia* y la esencia de la ética cristiana es la gratitud”. Estas palabras del santo de Tagaste, África, nos deja ver este importante asunto:

si bien cada vez que anunciamos el evangelio por medio de la predicación o exposición de las Escrituras, no significa que la base bíblica o texto deba necesariamente contener el vocablo “gracia” para que realmente anunciemos la “charis” divina; pero sí presupone que su contenido ha de estar impregnado de esta enseñanza.

Recordemos aquí lo que aprendimos de nuestros profesores de homilética: Es fundamental que en lo que atañe a los *propósitos generales* de la predicación, a saber, el sermón evangelístico, doctrinal, aliento, consagración, ético-moral, y desde la estructura expositiva, mucho más rica ha de resultar la interpretación de la gracia al enfocar nuestro propósito específico. Visto desde otro ángulo de vista, no es suficiente que el predicador, al subir al púlpito, tenga algo que decir a sus oyentes. Es necesario que su sermón tenga un objetivo concreto. La gente que nos escucha debería experimentar o ser motivada a descubrir el poder de la gracia del Señor en su Hijo eterno. Y este poder transformador puede resultar de acuerdo a la obra del Espíritu en:

- Nuevo nacimiento y conversión,
- Confesión íntima a Dios por el pecado,
- Entendimiento del verdadero temor de Dios,
- Mayor entrega a la voluntad del Señor,
- Comprensión apropiada de la reconciliación con Dios y existencialmente con nuestro prójimo,
- Obediencia a la Ley moral de Dios y desarrollo de una mayor santidad,
- Atreverse a hablar a otros del Evangelio de Cristo.

Todo esto supone entonces que todo hombre de Dios como predicador experimentado debe, de forma continua, hacer brillar el significado de la gracia en el entendimiento y corazón de quienes están bebiendo de su enseñanza. Por lo demás, si esto no está ocurriendo, estaremos golpeando el viento o arando en el mar. Es un hecho conceptual en

el Nuevo Testamento que por naturaleza toda predicación auténticamente bíblica deberá poseer la doctrina de la gracia.

La gracia en la propia experiencia del predicador

Nuestro anterior análisis deberá parecernos de gran importancia, porque la actitud que tomemos en relación con el Evangelio de Cristo tiene consecuencias eternas a la hora de presentar el evangelio a las personas inconversas; no debe existir duda al respecto.

El apóstol nos dice que somos llamados a predicar a Cristo, no a nosotros mismos (2 Cor. 4:5). La Palabra como doctrina de gracia, no nuestras propias experiencias, debe constituir la esencia del sermón. Aquí resulta un hecho importante captar que, si en algún instante hablamos de nuestras experiencias desde el púlpito, estas nunca deben rebasar o reemplazar el significado, aclaración y explicación del pasaje bíblico que estamos enseñando. Sin embargo, allí deberá estar presente de forma implícita o explícita la maravillosa doctrina. Y a pesar de esto, *la experiencia de la gracia* en la propia vida del mensajero de Cristo es de importancia decisiva. Porque, ¿cómo podrá alguien que predica acerca de la gracia enseñarla a otros si él mismo no ha *gustado lo delicioso de este pan de vida*?

Solamente quien ha tenido vivencias auténticas por medio de la energía transformadora de la gracia puede predicar sin vacilaciones que este es “poder de Dios para dar salvación a todo aquel que cree” y desear que sus oyentes tomen sus palabras en serio. Sin embargo, aunque puede ser valioso el testimonio oral que sobre sus experiencias puede presentar el predicador desde el púlpito, no obstante, esto no es lo que

más vale o importa; sino lo que la gracia de Dios se trasluzca a través de su vida. Helmut Thielicke ha expresado esta verdad de manera apropiada mediante una crítica saludable sobre la iglesia de nuestros días. Él dice:

Si no estoy equivocado, el hombre de nuestra generación tiene un instinto muy agudo para las frases de rutina. La propaganda y la publicidad le han acostumbrado a ello... Cualquiera que desee saber si una bebida determinada es realmente tan buena como el anunciante a través de la pantalla del televisor dice que es, no puede creer ingenuamente las recomendaciones fonéticamente amplificadas; debe averiguar si ese hombre la bebe cuando está en casa, no en público. ¿Bebe el predicador lo que ofrece desde el púlpito? Esta es la pregunta que se hace el hijo de nuestro tiempo, consumido por el fuego de la publicidad y los anuncios (*The trouble with the church*, Baker, 1978, 3).

Esto nos lleva a cuestionarnos a nosotros mismos si en verdad somos predicadores convertidos como fruto de la gracia directa de Dios. Siempre me han impactado las duras palabras de Cristo al final del Sermón del Monte: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. ¿Cuál fue el problema de estos predicadores con ministerios triplemente extraordinarios? No eran de Cristo, no habían sido ellos mismos transformados por la gracia de Dios, eran engañadores con parafernalias lujosas en sus templos o capillas; pero en el templo de sus vidas no habitaba la gracia, y

moralmente impíos a los ojos de Dios, aunque grandes y de mucho respeto a los ojos de los hombres. ¿Conocemos en verdad nosotros mismos, predicadores reformados, la gracia de Dios? ¡Que el Señor nos ayude!

El origen moderno de la predicación antropocéntrica, sus efectos y cómo contrarrestarla

El tema de nuestro subtítulo nos lleva a considerar *dos asuntos* de trascendental importancia:

En primer lugar, continúa existiendo un notable fracaso en la forma como muchas iglesias en cabeza de sus pastores y profesores de seminarios han venido presentando el Evangelio; no lo presentan de la forma como se indica en las Escrituras; su enseñanza y predicación están ensambladas sobre una *plataforma antropocéntrica*. ¿De qué manera la cristiandad protestante actual ha llegado a esta condición?

Ubicándonos brevemente en el episodio histórico de la Ilustración o racionalismo, que comenzara a finales del siglo xvii hasta abarcar todo el siglo xviii, recordemos que, en tiempos modernos, fue allí cuando comenzó el auge de la predicación antropocéntrica en los púlpitos de Europa, Estados Unidos y luego en América Latina. Esto en verdad generó una apostasía con las consecuencias que hoy todos conocemos al haber desembocado en lo que hoy algunos han denominado la postmodernidad. En relación con los antecedentes de dicho tiempo y su entorno que origina una nueva forma de predicación centrada en el hombre y no en Dios, dice John M. Frame:

Dios reveló en la Escritura no solamente el camino de la salvación, sino una cosmovisión capaz de articulación. El camino de salvación presupone la cosmovisión. En esta misma, el Ser supremo, distinto de todos los otros seres, es un absoluto tri-personal que gobierna sobre su creación como Señor mediante su control, autoridad y presencia. Esta metafísica dicta una epistemología y una ética en la que su divina revelación es la suprema autoridad, y el peor error es negar dicha revelación cuando llegamos a afirmar nuestra propia autonomía humana. Desde la caída, los seres humanos han abrazado la autonomía intelectual, de tal modo que en su pensamiento y práctica ellos viven en su propia sabiduría más bien que en la de Dios. (Frame, *A History of Western Philosophy and Theology*, P&R, 2015, 214).

La cita que presento de Frame, la he traído a colación por el hecho de que ha sido este pensamiento y no otro el que ha moldeado la actual predicación o enseñanza del evangelio desde la perspectiva antropocéntrica. Desde allí arranca el discurso pseudocristiano. Los púlpitos del protestantismo europeo, infieles a la Reforma, desplazaron a la autoridad de las Escrituras como revelación fidedigna y regla absoluta de fe y práctica; y, a cambio, colocaron los frágiles fundamentos del humanismo. Kant reemplazó la legítima autoridad de la Biblia por un *moralismo* creado por él; puso en duda que la moralidad humana fuera creada por Dios; daba más crédito al hecho de que esta es un producto de la razón práctica absoluta. Por lo tanto, esta y no otra (la Biblia) debía ser la base de la ética y de la religión. Por su parte, Schleiermacher intérprete fiel del Romanticismo, aunque desestimó el racionalismo y las tesis inherentes de Kant, propuso a cambio que

el *solo sentimiento de la divinidad* debía ser la base objetiva de la fe para conocer y tener la comunión con Dios, no el texto de la Biblia como tal. Y pese a todo, continuó en los pasos de Kant. Sobre esta falsa cosmovisión antropocéntrica, los pastores de las iglesias liberales empezaron a construir sus discursos y predicaciones; lo que hacían era repetir las enseñanzas de Schleiermacher, Ritschl, Harnack y Hermann entre otros. Exaltaron los poderes de la naturaleza humana despreciando la obra de la gracia de Dios hecha operativa por el Espíritu Santo, el único poder personal verdadero que podía y puede levantar al hombre de su postración de muerte espiritual. Aquí cabe una pregunta retórica: ¿De qué manera nuestras prédicas y enseñanzas anteponen la salvación por la sola gracia de Dios al pensamiento apóstata de nuestros días? ¿Estamos siendo realmente estratégicos para predicar la gracia y sin temores hasta controvertir las falaces enseñanzas de la presente postmodernidad? ¡En estos terrenos no hay que ceder un ápice! ¡Debemos continuar siendo fieles a Dios cueste lo que nos cueste!

Paralelo a lo anterior, recordemos que allí también se abrió paso la más fiera época de la crítica radical contra la Biblia y contra el cristianismo histórico hasta borrar casi por completo el legado de la Reforma. Mas esto no ha sucedido del todo gracias a Dios. Al igual que entonces, el verdadero evangelio también se abrió paso a paso por medio del ministerio de hombres de Dios como Baxter, Whitefield, Edwards, Warfield, Spurgeon, etc., cuyos púlpitos reflejaban la gracia en la predicación temática y expositiva. Ellos, fieles a las enseñanzas de la Reforma, produjeron la más clara expresión de una correcta antropología bíblica que se sumaba a la misericordia de un Dios tri-personal que salva al hombre

de un modo que este jamás hubiera podido lograr: el poder redentor y regenerador, algo que Dios concede a los pecadores arrepentidos; *y es a esto y nada más que esto que la Biblia denomina “gracia”*. Sin embargo, vemos que todavía sigue existiendo la contraparte en muchos púlpitos de la actualidad.

En segundo lugar, la más clara estrategia para contrarrestar la predicación y teologías antropocéntricas consiste en nuestro sorprendente reconocimiento de que el Señor Dios todopoderoso haya puesto este “tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros...” (2 Cor. 4:7). A nosotros, “vasijas de barro”, se nos ha otorgado este maravilloso privilegio. En otro lugar, el apóstol Pablo reconoce que su predicación deviene por la propia gracia de Dios, pues dice: “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada...” (1 Cor. 3:10). Charles Hodge afirma que aquí el término “gracia” significa los dones e influencias del Espíritu, los cuales no solo cualificaron al apóstol para su trabajo, sino que a él lo hicieron tan laborioso y fiel. Aquí, como en otra parte, él atribuye a Dios lo que es, y todo lo que el apóstol hizo, lo hizo porque fue capacitado para cumplir (*I & II Corinthians*, The Banner, 1983, 54).

El apóstol nos previene acerca de nuestra fidelidad que hemos de desarrollar entorno al fundamento de la Iglesia que es Cristo y su evangelio de salvación por la sola gracia de Dios. Otra forma de decirlo es que el Dios todopoderoso ha puesto su confianza en nosotros para que propaguemos y prediquemos fielmente su santo Evangelio. Pero, al mismo tiempo, esto implica una inmensa responsabilidad que la eternidad evaluará de forma justa según el propio fundamento

que Dios ha establecido y que se nos ha confiado: *las inescrutables riquezas del Evangelio de Cristo*. El apóstol Pablo lo dijo con diáfana claridad al escribir su conocida metáfora a los corintios:

Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque, así como por fuego (1 Cor. 3:12-15).

La predicación teocéntrica, en frase de Böhren, “siempre es una cuestión de vida o muerte”. El ministerio de la predicación es glorioso, pero entraña una responsabilidad imponente. Es fuente de gozo, pero también de grandes tensiones. *Su práctica eleva y humilla*. Mas detrás de ese ministerio está Dios. Él es quien dice a cada uno de sus mensajeros: “He puesto mis palabras en tu boca” (Jer. 1:9) y quien infunde aliento para la realización de una misión tan singular (Jer. 1:17). Del predicador se espera fidelidad y diligencia. Como en el caso de los profetas, su tarea viene determinada por dos palabras: *impresión y expresión*. La primera indica la operación del Espíritu y de la Palabra en el predicador; la segunda, la acción del Espíritu y de la Palabra a través de él. (Op. cit. por José María Martínez, *Curso de Formación Teológica Evangélica, Ministros de Jesucristo*, Tomo XI, Vol. 1, Clie, 1995, 115).

El auge del *autosoterismo* en la predicación de hoy, un desafío para los fieles ministros reformados que conocemos la gracia

B. B. Warfield nos aclara que [...]

Básicamente existen solo dos doctrinas de la salvación: que la salvación viene de Dios, y que la salvación depende de nosotros mismos. La primera es la doctrina del cristianismo común; la segunda es del paganismo universal. “La tesis del paganismo”, declara el doctor Herman Bavinck, “es, negativamente hablando, el rechazo del verdadero Dios y del don de su gracia; y positivamente, es la noción de que la salvación se puede resguardar por el propio poder y sabiduría del hombre [...]” (*Plan de Salvación*, Benjamín B. Warfield, CLIR, 2015, p.24).

La verdad de la anterior declaración halla un profundo eco en muchos púlpitos infieles de hoy. Esta predicación antropocéntrica y autosotérica anunciada igualmente por labios infieles, todavía prevalece y ha logrado por ahora desplazar al verdadero teísmo bíblico y a la concomitante enseñanza predicativa que nos ocupa. Tal posición también ha afectado nuestra clara cosmovisión ética y moral bíblica haciendo que nuestra propia gratitud sea un derivado de las obras humanas y no de la gracia. Gran parte de lo que se predica y enseña se presenta en la práctica como un mérito de nuestras propias obras para con Dios. Tradicionalmente este falaz *autosoterismo*, desde su médula, nos ha venido presentando una enseñanza en forma directa o velada de una salvación amparada en la propia justicia humana y no en la justicia de Dios por medio de Cristo (Rom. 1:16,17;

3:21,22). Esta postura la hallamos en los sistemas teológicos del antiguo pelagianismo, en el protestantismo liberal clásico y moderno; en el catolicismo romano; en el arminianismo evangélico, en el pentecostalismo y neo-pentecostalismo carismático de nuestros tiempos; pero de igual modo, en el secularismo y ahora en el relativismo cultural emparentado con el pluralismo e *inclusivismo religioso* de nuestros días.

Un ejemplo —*in extenso*— de lo que acabamos de describir es ilustrado de nuevo por B. B. Warfield según el escenario de los errores que comenzaron a surgir en contra de la predicación y enseñanza doctrinal de la salvación por la sola gracia en los propios días de la Reforma. Esto es señalado de forma clara por este teólogo describiendo la forma como los infieles discípulos de Martín Lutero destruyeron el legado de su maestro:

“Esta caída de la gracia entró en el pensamiento de la Reforma” por medio de nadie menos que a Philipp Melanchthon, “aunque no se avanzó mucho dentro de su doctrina”. El desarrollo de su doctrina se divide en tres etapas. Durante la primera, se caracterizó tanto por el agustinianismo puro como en la de Lutero o Calvino mismo. Durante la segunda (a partir de 1527), empezó a estudiar con Aristóteles y su doctrina general del libre albedrío. En la tercera (a partir de 1532 en adelante), permitió que la voluntad humana —aunque solo como un puro poder formal— ocupara un lugar en el proceso de salvación: a saber, puede o entronizar o esclavizar los afectos espirituales forjados solamente por el Espíritu Santo. A partir de aquel principio la sinergia se formó rápidamente dentro de la iglesia luterana (*Plan de Salvación*, CLIR, 2015, p.32).

Luego también, Warfield nos hace ver cómo se produjo el declive definitivo de la doctrina de la salvación por la sola gracia entre los luteranos, análisis aplicable a predicadores y denominaciones evangélicas de hoy. El renombrado teólogo de Princeton escribió:

Pero el antagonismo no era tan vigoroso como hubiera sido si la controversia con los calvinistas no habría sido en pleno auge. Incluso Brenz permitió que Strigel se le mofara en la Disputa de Weimar con su predestinacionismo, sin tomar osadamente la ofensiva. Y así Andrea pudo corromper la doctrina de Lutero en la Conferencia de Mompelgard (1586) sin censura; Aegidius Hunnius podía enseñar abiertamente la resistibilidad de la gracia; y Juan Gerhard podía subordinar la elección a la anticipación de fe. Cuando Melanchthon jugaba con frases tan ambiguas como “Dios trae a los anuentes a sí mismo”, “El libre albedrío es la capacidad del hombre de aplicarse a la gracia”, jugaba con fuego. Cien años después, los teólogos sajones, Hoe van Hohenegg y Policarpo Leyser, en la Conferencia del marzo de 1631, podían presentar con confianza, como la doctrina luterana, la declaración de que “Dios sin duda nos escogió según la gracia de Cristo; pero esto aconteció según la previsión de quienes creyeran verdadera y constantemente en Cristo; y quienes Dios previó que creyeran, a aquellos predestinó y eligió a fin de bendecir y glorificarlos”. La gracia maravillosa de Dios que levanta a los muertos —la cual Lutero proclamaba tan apasionadamente— se encontró enteramente a disposición de la voluntad humana que Lutero había declarado por completo esclavizada al pecado y capaz del bien solamente mientras que esté apoyada y sostenida por la gracia (*Plan de Salvación*, CLIR, 2015, pp.32-33).

Este comentario de Warfield nos conduce a reconocer que ha sido este esquema de *predicación autosotérica* lo que sin duda originó el presente fruto amargo del secularismo religioso materialista cuyo engendro ha sido un profundo debilitamiento de la eficacia de la gracia en la moderna predicación. La correcta predicación de la gracia de Dios debe ser evaluada y reexaminada de forma particular y en general conforme a nuestro trabajo de escritorio; hemos de inspeccionarnos y verificar con cuidado cómo lo estamos haciendo, cómo predicamos desde los púlpitos y qué y cómo enseñamos desde las aulas de seminario donde impartimos clases bíblicas y teológicas. En definitiva, no hemos de olvidar que a diario nos relacionamos con personas que están “sin esperanza y sin Dios en este mundo”.

La predicación teocéntrica de la gracia y el llamado a los pecadores

La gracia en la predicación actual debe seguir contemplando el hecho y sin temor a equívocos de que la salvación o respuesta de fe de un individuo al mensaje del evangelio es el resultado del decreto divino desde antes de la fundación del mundo (Ef. 1:3-5). Si la conversión es algo tan sencillo como algunos lo afirman y suponen, y queda demostrado por los cientos de malabares y palabrerías que muchos utilizan desde un púlpito para lograr las “decisiones” de los oyentes, entonces todas estas extravagancias estarían justificadas. A esto se une la psicología de masas y “lavado cerebral” que vemos por doquier, los cuales son los instrumentos facilistas y nada recomendables empleados por predicadores inescrupulosos, y que en su gran mayoría muchos de ellos

no han conocido la experiencia vivificante de la gracia tal como quedó estudiado antes.

En todo y por todo esto, la prerrogativa y el verdadero método divino para la salvación de los pecadores se pasa por alto o se desconoce; y en este evento lo que ocurre es que la gloria la reciben los falsos predicadores y no Dios quien es el autor de nuestra salvación de principio a fin. En idénticas circunstancias, ningún predicador podrá predicar la gracia con eficacia si no parte de la presuposición de la soberanía de Dios. Dios es soberano en cuanto atañe a la salvación de los pecadores (Rom. 9:10-29). Y en el fondo, el Dios tri-personal, por su Palabra escrita, es el autor de nuestras predicaciones y de la verdadera evangelización. Este es el claro mensaje del apóstol Pablo, cuya enseñanza se hizo autoritativa para nosotros por provenir de la obra de revelación e inspiración del Espíritu de Dios. De acuerdo a su carta a los Romanos, “Como está escrito: A Jacob amé, más a Esaú aborrecí. ¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (9:13-16).

El evangelismo teocéntrico exalta siempre la gloria de Dios por la salvación de todo pecador que se ha arrepentido y ha creído poniendo toda su esperanza en Cristo; y por el contrario, desecha cualquier duda y cuestiona todas las bases humanistas que rebajan esta sublime realidad bíblica y divina. No es mi propósito entrar aquí a examinar esta controversia que lleva siglos. Para los interesados, una buena lectura que explica y aclara este criterio doctrinal tan distintivo dentro

de la tradición reformada puede ser estudiada en la obra de R. B. Kuiper, *Evangelismo Teocéntrico* (Tell, 1977, caps. 1-3).

Toda predicación teocéntrica habrá de tomar en cuenta que la gracia en la predicación, deberá siempre ser presentada como el poder vivificador del Espíritu que da vida a los muertos resucitándoles a imagen del Cristo exaltado, modelo eterno de santidad, moralidad, verdad y justicia. La regeneración que produce el Espíritu de ningún modo es una obra humana, todo es obra de Dios (Jn. 1:12,13). Y cuando el pecador recibe la vida espiritual es algo semejante a lo acontecido con Lázaro cuando estaba en la tumba; el olor putrefacto de su cadáver descompuesto que llevaba cuatro días era insoportable, y hacía imposible que él se levantara de entre los muertos por sí mismo. ¡Salió vivo porque escuchó la voz del omnipotente Dios en la persona de Cristo!

¿Cómo podemos adaptar en nuestra predicación aquella exhortación o la forma de llamar a los pecadores al arrepentimiento y a la fe para con Cristo, de tal modo que con nuestras palabras tributemos a Dios todo honor y gloria por la salvación y conversión de aquellos? Definitivamente, si la predicación puede ser considerada como el más sublime arte entregado por Dios a sus siervos, hemos entonces de cultivarlo hasta aprender diestra y gradualmente como honrar a Dios con nuestras predicaciones, las cuales deben siempre reflejar su gracia. Pero, esto es algo que no se consigue de la noche a la mañana sino por paciente estudio, meditación y dominio de los principios bíblicos y teológicos que se articulan magistralmente en las Escrituras, y esto en lo que hace a la tradición reformada. No existe un mejor teísmo que este para presentar de forma correcta el Evangelio. Justamente,

una característica apropiada de toda auténtica predicación ha sido la seguridad de que la proclamación del evangelio, es el único medio que Dios ordenó para traer a los pecadores a la convicción de pecado y su conversión a Dios (1 Cor. 1:21). Presentar de forma errónea o fallar inocentemente en este sublime deber, es dilapidar la gracia.

Ahora bien, la predicación teocéntrica del evangelio produce otra positiva consecuencia que aquí no podemos olvidar. Dice Ian Murray:

No podemos predicar la Palabra sin que veamos cambios en los creyentes. El que tiene una idea bíblica del púlpito y del evangelio deseará predicar como Richard Baxter ‘como un mensajero de otro mundo’, o como M’Cheyne quien, como dijo uno de sus oyentes, ‘predicaba como si se estuviera casi muriendo por convertirte (*El obstáculo al evangelismo*, sin fecha, p. 1).

Pero aquí, del mismo modo, para ser bíblicos, no debemos apartarnos de la otra cara de la moneda. La soberanía teocéntrica en la salvación toma en cuenta la responsabilidad de los pecadores al llamado *general* del evangelio por medio de la predicación. Aquí llegamos al terreno de la *antinomia*, dos principios o verdades que parecen irreconciliables, pero se unen en la mente de Dios más no en la nuestra por su profundidad manifiesta. Sobre el particular, J. I. Packer declara que “...es una aparente incompatibilidad entre dos aparentes verdades. Una antinomia existe cuando un par de principios permanecen lado a lado, aparentemente irreconciliables, y sin embargo ambos son innegables” (*Evangelism and sovereignty of God*, IVP, 1961, 18).

Es decir, las Sagradas Escrituras ciertamente enseñan que la salvación del pecador es una obra soberana de Dios, pero, por otro lado, también enseña que este mismo pecador es responsable por el mensaje evangélico que escucha de los labios de un santo predicador u hombre de Dios. Y con todo, esto no quiere decir que el hombre pecador tenga la “capacidad” para producir u obtener su propia conversión o regeneración espiritual y moral. Aquí, “responsabilidad no equivale a capacidad”. Dicha “capacidad” solo puede provenir de Dios para transformar la vida de un ser humano que vive en tinieblas mortales y conducirlo a su luz admirable (1 Pe. 2:9). Por su parte, Pablo lo dijo así: “Porque Dios que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor. 4:6). Es probable que este sea uno de los textos más luminosos para explicar la soberanía y el *teocentrismo* de la gracia de Dios en la salvación de los pecadores, quienes muertos en pecados jamás se pueden resucitar a sí mismos.

Enseñar o predicar la gracia de otro modo, es subvertir el Evangelio, el único instrumento divino de la eterna salvación de un individuo que fue creado para la eterna salvación o para la eterna condenación. Nada mejor, considero, que terminar esta parte de mi ensayo con las palabras de la *Confesión de Fe de Westminster*, cap. 12, y cuyo tema es “La Adopción”. A mi juicio resume magistralmente el correcto significado de toda auténtica predicación de la gracia de Dios:

A todos aquellos que son justificados, Dios se digna en hacer partícipes de la gracia de la adopción en y por su Hijo Unigénito Jesucristo.²⁵² Mediante esta gracia, los justificados

son recibidos en el número de los hijos de Dios y gozan de sus libertades y privilegios,²⁵³ son marcados con el nombre de Cristo²⁵⁴ y reciben el Espíritu de adopción,²⁵⁵ tienen libre acceso al trono de la gracia²⁵⁶ y son capacitados para clamar, Abba, Padre.²⁵⁷ Son compadecidos,²⁵⁸ protegidos, cuidados²⁵⁹ y castigados por Él, como por un Padre,²⁶⁰ pero nunca son desechados,²⁶¹ sino que son sellados para el día de la redención²⁶² y heredan las promesas,²⁶³ como herederos de la salvación eterna.²⁶⁴ (Clir, 2015. Traducción de Alonzo Ramírez Alvarado. Los números en medio del texto corresponden a las citas bíblicas; consúltelos el amable lector para dicho fin en la edición impresa o en la página web de esta misma editorial).

La gracia frente a las obras. Breve historia y nuestra actual predicación

Nada deshonra más la obra de Dios por medio de la cruz de Cristo si en algún instante creyésemos que nosotros hicimos algo por nuestra salvación. Por lo regular, los creyentes de las iglesias *no reformadas* —pero hoy algunos también dentro de las propias iglesias reformadas— van predicando y enseñando mal sobre este tema de la salvación por la sola gracia. Billy Graham, por ejemplo, al final de sus sermones acostumbraba a invitar a los pecadores de esta manera: “Dios *hizo una parte* por tu salvación; entregó por ti a su Hijo Jesucristo a una ignominiosa muerte; *ahora a ti te toca hacer la otra parte*; ¡ven, ponte de pie, camina por el pasillo y ven aquí...!”. ¡Y de este modo hacía repetir en voz alta la acostumbrada oración de fe a los que pasaban al frente!

Bueno, desde esta perspectiva ;muchos salían creyendo que ellos hicieron algo por su salvación! Y pese a este erróneo método, muchos llegamos a conocer la gracia de la salvación; ;este fue mi caso hace muchos años! No en sí por el método, sino por su misericordiosa gracia electiva. No obstante, es menester corregir en nuestras predicaciones todo atisbo de hacer creer que en alguna medida nosotros contribuimos a nuestra salvación eterna por haber hecho algo, como, por ejemplo: “yo creí”, “yo pasé al frente”, “yo repetí la oración con todo mi corazón”; “yo di mi dinero con mi mejor sinceridad posible”, etc. Todo esto se convierte en obras, méritos, trabajos o esfuerzos propios, los cuales todavía tantos creyentes sinceros pero equivocados, estiman que en realidad ellos hicieron algo por su salvación; o que se trata de algo compartido entre Dios y el creyente. A todo esto se le conoce como salvación por obras o méritos, solo que más sutiles que los que se dan en la Iglesia Católica Romana, pero igual de detestables para Dios cuando de principio a fin no se honra toda su obra de gracia en nuestra inmerecida salvación.

Ahora bien, si vamos un tanto atrás en la historia, cualquier libro de Historia de la Iglesia Cristiana nos dirá que, poco después de la iglesia apostólica, se desarrolla una corriente acerca de los méritos humanos que luego confluyen en la enseñanza dogmática del catolicismo romano. El Nuevo Testamento había enseñado que el reino es edificado solo por medio de la gracia de Dios, no por las obras humanas, y que Dios recompensa conforme a esta misma gracia, no conforme a ningún mérito nuestro (Mat. 20:1-16). M. E. Osterheaven señala que,

Varios líderes de la iglesia comenzaron a enseñar que las personas bautizadas debían obedecer los mandamientos del Señor, y cuando ellos lo hacían, Dios los recompensaba. De este modo, el abogado Tertuliano (160-220 d. C.) emprendió una forma errónea al enseñar que Dios, como el dador de la ley, manda y nosotros le obedecemos. Así obtenemos méritos. Dios recompensa nuestros méritos (M. E. Osterheaven, *Evangelical Dictionary of Theology*, Baker, 1984, 1189).

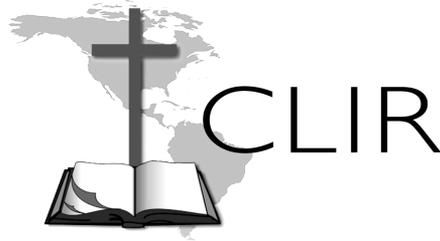
Otra idea similar era: “Si Dios es el receptor de nuestras buenas obras, significa que un acto bueno de parte nuestra hace a Dios nuestro deudor; al igual que también una mala obra hace que seamos objetos de su juicio” (M. E. Osterheaven, *ibíd.*, 1189). También se decía que: “Aunque todo servicio a Dios es meritorio, Él ha decretado que ciertas buenas obras producen méritos cuando se hacen de forma libre”.

Y así comenzó la salvación por obras en la Iglesia de Roma cuando añadieron como obras meritorias para la salvación, el ayuno, la virginidad, las penitencias hasta llegar al extremo de la autoflagelación; la opinión corriente era y continúa siendo que, “todo esto agradaba a Dios y por esto se recibía una recompensa”. ¡Craso paganismo! Muy pronto los méritos se volvieron transferibles; la salvación era por la gracia de Dios, pero sumada a los méritos humanos, a la intercesión de la Virgen y el tesoro acumulado de méritos que les sobraron a los santos. A fines de la Edad Media Pedro Lombardo (1100-1160) en su libro *Sentencias*, enseñó que la gracia y la libre voluntad del hombre *cooperaban* produciendo buenas obras hasta lograr la salvación.

Las enseñanzas y predicaciones no han cambiado desde aquellos tiempos, ni en el catolicismo romano ni en el protestantismo de signo humanista y racionalista. Lo que sigue, lo presentamos a continuación como indicaciones homiléticas y hermenéuticas para que tratemos de adaptar nuestros mensajes o predicaciones al tenor de las Escrituras. Esto es, en cuanto hace a nuestras exhortaciones y llamamiento a los pecadores para que vengan a Cristo en arrepentimiento y fe. La Biblia y por ende los reformadores fieles a la misma, declararon que Dios justifica al impío (Rom. 5:6, 9-10, 16-21). Cristo vino a llamar no a justos sino a pecadores al arrepentimiento (Mt. 9:13). No fue sino el publicano que golpeando su pecho decía: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Este publicano descendió a su casa justificado delante de Dios mientras que el fariseo no; esto debido a su *autojustificación* y arrogancia de su propia justicia (Lucas 18:14). Todo pecador es justificado de forma gratuita por Dios, y este es un regalo del Señor por medio de la redención de su Hijo amado y eterno; esta es la única buena obra que Dios acepta, la obra sumo sacerdotal de su propio Hijo para nuestra salvación. Es por esta razón que el apóstol exclama: “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe” (Rom. 3:27,28). “La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 6:23; cf. 3:24-28). La salvación gratuita dada por Dios no significa igualmente que las *buenas obras* no sean importantes. Ellas son mandadas por Dios y pertenecen al fruto de la fe verdadera (Tito 2:14; Ef. 2:10; Mt. 5:16). Estas son conocidas por Dios y serán tenidas en cuenta en el día del juicio final; no para nuestra definitiva salvación porque esta ya nos fue dada en Cristo, sino como

confirmación de la misma (Rom. 2:6; 1 Cor. 3:14; 2 Cor. 5:10; Stgo. 2:14-26; Apoc. 22:12). ¡Soli Deo Gloria!

Mario Cely Q. ha sido pastor desde el año 1982. Ha cursado estudios de maestría en Teología y Antropología Cultural. Es Profesor de Teología Sistemática, Apologética, Filosofía, Historia del Cristianismo y Religiones Comparadas. Es de igual forma un activista social en su país Colombia y conferencista dentro y fuera del mismo. Está casado y tiene tres hijas. Vive en la ciudad de Bogotá.



Ingresa a nuestra página web y encuentra una gran variedad de libros, conferencias, artículos y recursos para toda la iglesia: www.clir.net



OBSERVANDO EL BAUTISMO COMO UN MEDIO DE GRACIA

Matt Ryman

TÓMATE UN MOMENTO PARA RECORDAR LA ÚLTIMA VEZ que observaste un Bautismo. Probablemente fue durante un servicio de adoración. El pastor seguramente tomó tiempo para recordarle a la congregación lo que es el Bautismo y lo que representa. Una vez administrado el sacramento, la congregación puede haber respondido con aplausos. Fue un momento especial para el bautizado y para su familia. Pero si eres un creyente, también debía ser especial para ti.

Los cristianos creen que el Bautismo es un medio de gracia para quien está siendo bautizado. De lo que algunos no se dan cuenta es que el Bautismo es también un medio de gracia para los creyentes que observan el Bautismo de otros. El Catecismo Mayor de Westminster dice que observar el Bautismo de otros nos da la oportunidad de practicar “el deber muy indispensable (pero muy olvidado) de aprovechar nuestro Bautismo” (P y R 167). Aprovechamos nuestro Bautismo tratando de experimentar su significado de maneras

1. Artículo publicado por primera vez en *Tabletalk Magazine*, una publicación de Ligonier Ministries. Traducido por Daniel J. Lobo y publicado con permiso.

más profundas y poderosas y viviendo sus implicaciones. Si bien podemos pensar en el significado del Bautismo en cualquier momento, podemos hacerlo de una manera única cuando observamos un Bautismo.

Es importante recordar ciertas cosas sobre los sacramentos: El Bautismo y la Santa Cena son los dos únicos sacramentos que Jesús instituyó para la Iglesia; ambos son medios de gracia; ambos implican señales sensibles (cosas que podemos ver, tocar, probar, etc.); y, para ambos sacramentos, es imperativo hacer una distinción clara entre las señales y las cosas señaladas.

En la Santa Cena, por ejemplo, el pan y el vino son las señales, y el cuerpo quebrantado y la sangre derramada de Cristo son las cosas señaladas. A medida que consumimos los elementos físicamente, nos alimentamos de Cristo espiritualmente. Nuestros corazones y mentes no se centran en las señales, sino en lo que señalan: La muerte sacrificial de Cristo por nosotros. Al meditar sobre lo que Cristo ha hecho por nosotros en la cruz, experimentamos “sustento espiritual y crecimiento en gracia” (CMW, 168). Y aunque no hay nada mágico en ellas, las señales, al involucrar nuestros sentidos, desempeñan un papel importante en nuestra experiencia. De hecho, creo que es importante que la congregación vea al pastor partir el pan cuando administra la Santa Cena. Pero volvamos a ver cómo observar un Bautismo es un medio de gracia para los creyentes.

Al igual que con la Santa Cena, hacemos una distinción entre la señal y la cosa señalada en el Bautismo. Históricamente, los cristianos han reconocido que varias cosas son representadas en el Bautismo: la unión con Cristo,

el perdón de los pecados, la regeneración, la adopción, la nueva vida y la resurrección. Pero ¿cuál es la señal? La mayoría diría que el agua, y yo estaría de acuerdo. Pero sugeriría que hay más que eso.

El Catecismo Mayor de Westminster describe la administración del Bautismo de esta manera: “el lavamiento con agua, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (P y R 165). En la Palestina del primer siglo, bautizar algo era lavarlo (ver Marcos 7:4). Podríamos decir que la señal no es solo agua, sino lavar con agua. Esto significa que, independientemente de qué modo de administración creamos apropiado, cuando observamos un Bautismo, vemos a alguien siendo lavado por otra persona. Piensa en eso.

Recuerda que Juan el Bautista dijo: “Yo os bauticé con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo” (Marcos 1:8). Esta es la razón por la que observar un Bautismo es un medio de gracia para el creyente. Ver cómo el pastor lava la suciedad de una persona con agua sirve como una imagen de Jesús lavando y quitando nuestro pecado con el Espíritu Santo. Y nuestra fe es la prueba de que Jesús ha lavado verdadera y permanentemente nuestro pecado. Pero eso no es todo.

Cuando observamos un Bautismo, también debemos recordar el Bautismo de Jesús. Imagina la escena. Jesús vino a ser bautizado en el río Jordán. Juan el Bautista exclamó: “Yo necesito ser [bautizado] por ti, ¿y tú vienes a mí? Y respondiendo Jesús, le dijo: Permítelo ahora; porque es conveniente que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan se lo permitió” (Mt. 3:14–15). ¿Qué estaba pasando? Jesús inauguró su ministerio siendo bautizado. Al hacerlo, se identificó con

los pecadores que necesitaban desesperadamente que sus pecados fueran lavados. El evangelio de Marcos nos dice que Jesús fue bautizado después de que “toda la región de Judea, y toda la gente de Jerusalén” fuera bautizada por Juan (Marcos 1:5). Sinclair Ferguson captura maravillosamente la importancia del momento. Él escribe: “Aquí ya [Jesús] indica cómo se convertirá en nuestro Salvador: al estar en el río en cuyas aguas los judíos penitentes habían lavado simbólicamente sus pecados, y permitiendo que esa agua, contaminada por esos pecados, fuera derramada sobre su ser perfecto”. Por lo tanto, un Bautismo no solo sirve como una imagen de Jesús lavando nuestro pecado, sino también como una imagen de cuando Él tomó nuestro pecado sobre sí mismo. E incluso proporciona una imagen de la cruz. Recuerda que Jesús se refirió a su muerte en la cruz como un bautismo (Marcos 10:38; Lucas 12:50). En la cruz, Dios derramó su ira por nuestro pecado sobre Jesús, en lugar de nosotros. A través de un sufrimiento inimaginable, nuestro pecado fue lavado, y ahora está tan lejos de nosotros como el oriente del occidente (Sal. 103:12).

Cuando tengas la oportunidad de observar un Bautismo, mira estas cosas a través de la fe. Cree que Jesús ha lavado tu pecado. Cree que Él tomó tu pecado sobre sí mismo. Y cree que tu pecado fue lavado en la cruz y se ha ido para siempre. Pocas cosas preparan nuestros corazones de forma tan poderosa para la adoración.

Matt comenzó a trabajar en la UPC como pasante del Ministerio Juvenil a medio tiempo en el 2006. Tras obtener su M.Div del Seminario Teológico Reformado (Orlando) en el 2009, recibió su llamado a Pastor Asistente de Juventud y Familias. En el 2011, recibió el llamado a Pastor Asociado, y en el 2013 fue ordenado como Pastor Principal de la UPC. Matt se preocupa profundamente por presentar el Evangelio “a nuestros vecinos y a las naciones”. Si Dios quiere, completará su D.Min (en RTS) en el 2020. Matt está casado con Hana y tienen cuatro hijos.

NUESTRAS REDES SOCIALES



Editorial CLIR



editorialclir94



@CLIRCR



COMENTARIOS DE JUAN CALVINO



Más info:  ventas@clir.net  +506 7188-9114

¿QUÉ ES LA SANTA CENA?

Keith Mathison

¿ALGUNA VEZ HAS NOTADO LO EXTRAÑA QUE ES LA Santa Cena? Muchos de nosotros hemos estado asistiendo a la Iglesia durante tantos años que esto que hacemos cada semana o cada mes se ha convertido en algo rutinario. Su extrañeza ya no nos llama la atención. Pero da un paso atrás e imagina cómo se ve para alguien que asiste a una Iglesia por primera vez. Imagina cómo se ve para un niño. Con algunas diferencias entre las Iglesias en los detalles de la liturgia, los miembros de la Iglesia reciben pan, el cual comen de manera ceremonial después de que el pastor repite las palabras de Jesús: “Este es mi cuerpo”. Luego reciben vino (o jugo de uva), el cual beben ceremonialmente después de que el pastor repite las palabras de Jesús: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre”. ¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Qué es la Santa Cena?

Las Escrituras anticipan que los sacramentos instituidos por Dios plantearán preguntas entre los creyentes. Cuando se instituyó la Pascua, por ejemplo, Moisés dijo: “Y sucederá que cuando vuestros hijos os pregunten: «¿Qué significa

1. Este fragmento es una adaptación de *The Lord's Supper: Answers to Common Questions* (La Santa Cena: Respuestas a preguntas comunes), por Keith Mathison. Traducido por Daniel J. Lobo y publicado con permiso de Ligonier Ministries.

este rito para vosotros?»», vosotros diréis: ‘Es un sacrificio de la Pascua al Señor, el cual pasó de largo las casas de los hijos de Israel en Egipto cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas’” (Ex.12:26-27). El Señor sabía que la Pascua requeriría explicación. Sabía que los niños israelitas se preguntarían sobre el significado de los rituales. No debemos esperar nada diferente cuando se trata de nuestros hijos y la Santa Cena. ¿Pero sabemos cómo responder a tales preguntas? ¿Qué decimos cuando nuestros hijos preguntan: “¿Qué quiere decir este culto?”

Los cristianos en la tradición reformada han estudiado extensamente las Escrituras para responder a tales preguntas. Los resultados de este estudio se encuentran en las confesiones y catecismos reformados. El Catecismo Mayor de Westminster, por ejemplo, proporciona una respuesta concisa a la pregunta:

¿Qué es la Santa Cena? La Santa Cena es un sacramento del Nuevo Testamento, en el cual, por medio de dar y recibir pan y vino, según lo establecido por Jesucristo, se declara su muerte; y quienes participan dignamente se alimentan de su cuerpo y su sangre, para su sustento espiritual y crecimiento en gracia; se les confirma así su unión y comunión con él; testifican y renuevan su gratitud y compromiso con Dios, y su amor mutuo unos con otros como miembros del mismo cuerpo místico (CMW, 168).

Esta definición revela cuán entrelazada está la doctrina de la Santa Cena con otras doctrinas cristianas. Solo en este catecismo, hay 167 preguntas y respuestas antes de llegar a la Santa Cena, y mucho de lo que se enseña en las preguntas

anteriores se da por un hecho aquí. Por lo tanto, es importante saber que nuestra respuesta a la pregunta, “¿Qué es la Santa Cena?” no se puede entender de forma aislada de otras doctrinas cristianas. No es posible comprender completamente la doctrina reformada de la Santa Cena sin cierta comprensión de las doctrinas de Dios, la Escritura, el pecado, la salvación, la encarnación, la Iglesia y más.

En la respuesta del catecismo vemos, por ejemplo, que la Santa Cena es un sacramento. Pero esa respuesta no es útil si no tenemos alguna idea de la naturaleza de los sacramentos. Surgen problemas adicionales porque muchos que escuchan la palabra sacramento la asocian con el misticismo o el ceremonialismo. Algunos la asocian con el catolicismo romano y no pueden imaginar por qué una Iglesia protestante continuaría usando un término tan cargado. Existe el temor de que el uso de la palabra sea la nariz del camello bajo la tienda, y si la nariz está adentro, el camello no tardará en seguirla.

Esta es una de las razones por las que el estudio de la Reforma y las confesiones de la Reforma puede ser increíblemente útil. Los reformadores no le tenían miedo a la palabra sacramento ni reparos sobre continuar su uso, y ellos, mejor que nadie hoy, conocían los peligros del catolicismo romano medieval tardío. Las iglesias reformadas de las siguientes generaciones tampoco temían usar la palabra. Casi cada confesión reformada de los siglos XVI y XVII tiene un capítulo titulado “Sobre los sacramentos”, y los teólogos reformados han usado la palabra durante siglos. Mientras la definamos cuidadosamente, es una palabra perfectamente apropiada. ¿Cómo, entonces, se define la palabra sacramento? El

Catecismo Mayor de Westminster es útil de nuevo, explicando que un sacramento es:

Una santa ordenanza instituida por Cristo en su iglesia, para señalar, sellar y manifestar los beneficios de su mediación, a quienes están dentro del pacto de gracia; a fin de fortalecer y aumentar su fe y todas las demás cualidades; para obligarlos a la obediencia; para testificar y mantener el amor y la comunión del uno con el otro; y para distinguirlos de quienes están fuera (CMW, 162).

El catecismo continúa explicando que los sacramentos tienen dos partes: una señal externa visible y la realidad espiritual señalada por ella (CMW, 163). Las Iglesias reformadas enseñan que solo hay dos sacramentos instituidos por Jesucristo bajo el nuevo pacto: el Bautismo y la Santa Cena.

La Santa Cena es un sacramento del Nuevo Testamento o nuevo pacto, instituido por Jesucristo en el aposento alto en la noche en que fue traicionado (Mt. 26:26-29; Mc. 14:22-25; Lc. 22:14-23; 1 Cor. 11:23-26). Debido a que es un sacramento, la Santa Cena señala, sella y manifiesta a los participantes creyentes “los beneficios de [la] mediación [de Cristo]”.

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que la Santa Cena señala, sella y manifiesta los beneficios de la mediación de Cristo? Veamos primero la palabra *señala*. Los sacramentos tienen dos partes: una señal externa visible y la realidad señalada por ella. En la Santa Cena, la señal externa visible es dar y recibir pan y vino. El pan y el vino señalan a Cristo crucificado y sus beneficios (CFW 29.5,7). Más específicamente,

el pan es la señal del cuerpo de Cristo, y el vino es la señal de su sangre (Mt. 26:26-28; 1 Cor. 10:16). En nuestros días, cuando escuchamos la palabra señal, a menudo pensamos en una señal de tránsito que transmite información o un símbolo como el signo numeral (#, ahora más conocido como un hashtag). Esto no es exactamente lo que se entiende cuando nos referimos al pan y al vino como señales del cuerpo y la sangre de Cristo crucificado, porque en la Santa Cena hay “una relación espiritual, o unión sacramental, entre el signo y la cosa significada” (CFW, 27.2). Debido a la unión sacramental, una señal sacramental se distingue de lo que señala, pero no está separada de ello. Volveremos a esta idea de unión sacramental varias veces, por lo que es importante mantenerla en mente.

¿Qué significa decir que la Santa Cena “sella” los beneficios de la mediación de Cristo? Pablo, en Romanos 4:11, habla de la circuncisión de Abraham como un “sello de la justicia de la fe que tenía mientras aún era incircunciso”. El contexto indica que la circuncisión era un sello en el sentido de que confirmaba la realidad de lo que señalaba, a saber: la justicia que Abraham había recibido por la fe. La circuncisión la autenticaba. Del mismo modo, la Santa Cena es un sello en el sentido de que confirma y autentica la promesa de Dios con respecto a la realidad de los beneficios recibidos por aquellos que participan de la cena con fe. Indica que la cena no es una mera ceremonia vacía. Aquellos que participan en fe tienen la seguridad de que realmente

se alimentan de su cuerpo y su sangre, para su sustento espiritual y crecimiento en gracia; se les confirma así su unión y comunión con él; testifican y renuevan su gratitud

y compromiso con Dios, y su amor mutuo unos con otros como miembros del mismo cuerpo místico (CMW 168).

Finalmente, ¿qué se entiende por la palabra manifiesta? ¿Qué significa decir que la Santa Cena manifiesta los beneficios de la mediación de Cristo? Una vez más, la Confesión de Westminster proporciona un lugar útil para comenzar a pensar en la respuesta a esta pregunta:

La gracia que se manifiesta en y por medio de los sacramentos, correctamente usados, no se confiere por algún poder que haya en ellos; la eficacia del sacramento tampoco depende de la piedad o la intención del que lo administra; sino de la obra del Espíritu y de la palabra de la institución, la cual contiene, junto con un precepto que autoriza su uso, una promesa de beneficio a los que lo reciben dignamente (CFW 27.3).

Manifestar es exhibir. Los beneficios de Cristo, de hecho, son exhibidos ante los creyentes en este sacramento. La confesión aquí explica lo que esto no significa. Decir que la Cena manifiesta los beneficios de la mediación de Cristo no significa que el pan y el vino tengan ningún poder en sí mismos. Además, la manifestación de los beneficios no depende de la santidad o la intención del ministro. Depende únicamente de la obra del Espíritu y de la promesa de Dios que se encuentra en las palabras de la institución.

¿Cuáles son, entonces, los beneficios reales? ¿Qué sucede realmente por el poder del Espíritu Santo según la promesa de Dios? La Confesión de Westminster afirma:

Los recipientes dignos, al participar externamente de los elementos visibles de este sacramento, en ese momento también, participan interiormente por la fe, real y verdaderamente, aunque no carnal y corporalmente, sino espiritualmente, reciben y se alimentan del Cristo crucificado y de todos los beneficios de su muerte. Por lo tanto, el cuerpo y la sangre de Cristo no están carnal y corporalmente en, con, o bajo el pan y el vino; sino que están real pero espiritualmente presentes en aquella ordenanza para la fe de los creyentes, tal como los elementos lo están para sus sentidos externos (CFW 29.7).

La confesión señala un paralelo entre lo que está sucediendo “externamente” y lo que está sucediendo “interiormente”.

Vale la pena examinar las cláusulas principales antes de mirar las cláusulas de calificación para que no perdamos los puntos principales. Según la confesión, los partícipes dignos, es decir, los que tienen fe, que participan de los elementos visibles (pan y vino) “real y verdaderamente... reciben y se alimentan de Cristo crucificado y de todos los beneficios de su muerte”. El “cuerpo y la sangre de Cristo” están presentes “para la fe de los creyentes” como los elementos del pan y del vino están presentes “para sus sentidos externos”. La distinción entre lo externo y lo interno continúa a lo largo de todo el párrafo.

Claramente, la confesión señala que esto no debe entenderse en un burdo sentido materialista. Los creyentes real y verdaderamente “reciben y se alimentan del Cristo crucificado”, pero no “carnal y corporalmente”. Esto sucede espiritualmente porque el cuerpo y la sangre de Cristo están

presentes para la fe de los creyentes y no corporal o carnalmente “en, con, o bajo el pan y el vino”. Como dice el Catecismo de Westminster,

quienes participan dignamente en el sacramento de la Santa Cena se alimentan del cuerpo y de la sangre de Cristo, no de una manera corporal y carnal, sino de una manera espiritual; y sin embargo, real y verdaderamente, en tanto que por medio de la fe reciben y se aplican a sí mismos el Cristo crucificado y todos los beneficios de su muerte (CMW 170).

El Dr. Keith A. Mathison es profesor de Teología Sistemática. Obtuvo su Ph.D. del Seminario Teológico Whitefield en Lakeland, Florida, y su maestría en el Seminario Teológico Reformado en Orlando, Florida. Es autor de varios libros y sirvió como editor asociado para la Reformation Study Bible y como editor asociado de *Tabletalk* magazine.



SABES QUE NO SOY EXIGENTE.
SOLO TE PIDO UN HOMBRE QUE SEA
TRABAJADOR COMO JACOB, FUERTE COMO
SANSÓN, APUESTO COMO DAVID, DULCE
COMO SALOMÓN, VIRIL COMO PEDRO...

¿POR QUÉ DEBERÍAN ORAR LOS CRISTIANOS REFORMADOS?

Joshua Allen

LA FE REFORMADA ES LA EXPRESIÓN BÍBLICA Y CORRECTA del cristianismo, pero a veces nuestra teología puede más que nosotros. Esto no es culpa de las verdades bíblicas ni de la verdadera religión, sino que es una tendencia del hombre caído. Nuestros pensamientos son malos (Gén. 6:5). Pervertimos incluso lo más sagrado y lo hacemos objeto de idolatría. Además, nuestro conocimiento en esta tierra es impreciso en comparación con el que tendremos en la gloria (1 Cor. 13:12). Con frecuencia malinterpretamos o aplicamos mal las verdades de Dios.

Por ejemplo, ¿cómo se relaciona la soberanía de Dios con nuestras oraciones? Esta pregunta suele plantearse de esta manera: Si Dios preordena y controla todas las cosas, ¿por qué debería orar? ¿Cambiará Dios sus planes para satisfacer mis necesidades? ¿Por qué debería pedirle al Señor que salve a mis amigos y vecinos si ya fueron elegidos o reprobados desde toda la eternidad?

Por un lado, la voluntad de Dios es inmutable, pero por otro lado, la Biblia nos instruye a orar. A lo largo de las

1. Este artículo se publicó originalmente en *New Horizons*, la revista de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa. Traducido por Juan Londoño.

Escrituras, los piadosos presentaron sus peticiones ante el Señor. Algunos oraron por salud (Gén. 20:17; 2 Re. 20:1-5). Pablo oró para que “por voluntad de Dios” pudiera visitar Roma (Rom. 15:30-32). ¿Por qué hacer tales peticiones al Dios que ordena todas las cosas?

Abordaremos esta pregunta desde cuatro perspectivas:

- 1) Dios usa nuestras oraciones como parte de su plan eterno.
- 2) La oración es por nuestro bien.
- 3) Orar es una parte inherente e inseparable de nuestra unión con Cristo.
- 4) Se nos manda a orar y se nos promete que la oración será efectiva.

1. Nuestras oraciones son parte del plan soberano de Dios

En primer lugar, se pueden y se deben hacer oraciones de súplica no a pesar de la soberanía de Dios, sino precisamente por causa de ella. Si tuviéramos un dios que no escuchara, conociera ni ordenara todas las cosas, nuestras oraciones serían de poca utilidad (por ejemplo, 1 Reyes 18:27). Sin embargo, tenemos un Dios que escucha nuestras oraciones. Si oramos correctamente, Dios promete escuchar (2 Cron. 7:14-15). Él no solo oye, sino que también promete responder a nuestras oraciones: “Y esta es la confianza que tenemos delante de Él, que si pedimos cualquier cosa conforme a su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho” (1 Juan 5:14-15).

Debido a que David sabía que Dios era fiel a sus promesas, él tenía la certeza de que podía orar (2 Sam. 7:27). Dios, en su omnipotencia y gracia infinita, puede hacer mucho más por nosotros de lo que le estamos pidiendo. Aunque es cierto que es difícil conocer la voluntad de Dios, podemos conocer su voluntad revelada y siempre debemos esforzarnos por entenderla mejor (Sal. 1:1-2). Cuando le pedimos algo al Señor, lo más apropiado es orar: “Hágase tu voluntad” (Mt. 6:10; 26:42). Todo lo que Dios pueda concedernos en respuesta a nuestras oraciones estará siempre de acuerdo con su voluntad. De esta manera, su voluntad se cumple a través de nuestras oraciones. En Ezequiel 36:37, el Señor le permite a su pueblo pedir por la misma multiplicación que él ya deseaba dar. Del mismo modo, los discípulos de Cristo debemos orar para que Dios envíe obreros a la mies (Lucas 10:2). Entonces, debemos orar incluso por aquello que Dios ha prometido, como nuestras necesidades diarias y el perdón de nuestros pecados (Mt. 6:11-12).

2. Nuestras oraciones nos benefician

En segundo lugar, Dios no necesita nada de nosotros. No es él, sino nosotros los que nos beneficiamos de la oración. Dios bendice a quienes esperan en Él (2 Cor. 1:10-11). La siguiente es la respuesta de Juan Calvino a nuestra pregunta en su *Institución de la Religión Cristiana* (3.20.3). Él enumera seis maneras en las que la oración beneficia a los cristianos:

1) La oración nos da celo por “buscarle, amarle y honrarle siempre, acostumbrándonos a cogernos solamente a Él en todas nuestras necesidades, como a puerto segurísimo”.

2) Hace que nuestros deseos sean más apropiados a los ojos de nuestro Creador.

3) La oración nos hace estar siempre listos para dar gracias a Dios al reconocer que todo tipo de beneficio proviene de Él (Sal. 145:15-19).

4) El hecho de que Dios responda a nuestras oraciones nos hace estar siempre dispuestos a meditar en su bondad infinita. Es en este espíritu que debemos orar, recordando nuestra indignidad absoluta y la magnificencia de Dios (Catecismo Mayor de Westminster, P y R 185).

5) Del mismo modo, tendemos a estimar lo que sabemos que ha sido una oración contestada más fácilmente que todas las muchas otras provisiones de Dios. Fue así que Elías continuaba orando incluso después de que se le había asegurado el don de Dios de la lluvia (1 Reyes 18:41-46).

6) Oramos “a fin de que el uso mismo y la continua experiencia confirme en nosotros, conforme a nuestra capacidad, su providencia”. En la oración, confirmamos lo que sabemos que es verdad: que Dios proporciona todo lo que necesitamos y “que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien” (Rom. 8:28).

3. Los cristianos oran naturalmente

Aunque la pregunta de la oración y la soberanía puede ser muy real para nosotros a nivel filosófico o teológico, también debemos reconocer que no cabe duda en cuanto a si debemos orar. Esto se debe a nuestro tercer punto. La oración es una parte siempre presente de la vida cristiana. Un cristiano que no ora es un oxímoron. Es poco probable que alguno

de nosotros haya conocido a alguien así, y si lo hacemos, debemos corregir inmediatamente su grave equivocación.

Las Escrituras no dejan de relacionar la oración con la adoración y la vida cristiana correctas. Una de las primeras señales de la conversión de Pablo fue su atención a la oración (Hechos 9:11). Cuando escribió a Timoteo, expresó el deseo de que los hombres oraran en todo lugar (1 Tim. 2:8). Incluso vinculó el orar “en todo tiempo” con la armadura de Dios como medio de nuestra santificación al ser hechos cada vez más a imagen de Cristo (Ef. 6:18, compárese con el Catecismo Menor de Westminster, P y R 88). Por esta razón se trata de un asunto cristiano. Es un asunto del corazón (Sal. 62:8). Es particularmente cristiana y trinitaria. La oración se hace al Padre, en el nombre de Jesucristo, por la obra del Espíritu Santo (véanse Mt. 6:9; Jud. 20-25; Rom. 8:26). La oración es una parte tan indispensable de la vida cristiana que debemos estar “dedicados a la oración” (Rom. 12:12). Clamar al Señor por su gracia es un aspecto inmediato de la salvación y de la vida en Cristo (Ro. 10:9-13). Y lo sigue siendo a lo largo de nuestra vida cristiana.

4. Dios ordena la oración y promete responder

Una de las razones por las que debemos orar es indiscutible, y este es nuestro último punto: Dios nos manda a orar. La Confesión de Fe de Westminster 21.3 dice: “Siendo la oración, con acción de gracias, una parte especial de la adoración religiosa, Dios la demanda de parte de todos los seres humanos”.

La oración siempre ha caracterizado al pueblo de Dios. Abraham oraba a menudo, al igual que todos los hombres

y mujeres piadosos que siguieron después de él. La oración no es uno de los diez mandamientos, ni se promulga en la ley en el mismo sentido en que se hace el Día de Reposo o el matrimonio. Parece estar arraigada en la relación pactual desde el principio. El hecho de que los cristianos oran ya se ha comprobado en los ejemplos dados anteriormente.

Del mismo modo, Dios, a través de su santa Palabra, exigió y ordenó la oración en numerosas ocasiones. Sabemos que la oración es parte de la adoración que Dios pide y que el hombre, hecho a imagen de Dios, está determinado por su propia naturaleza a orarle a Él (Sal. 65:2). La oración está incluida en las “enseñanzas” y la “comunión” del apóstol Pedro en Hechos 2:42.

Uno de los mandamientos más claros a orar está en 1 Tesalonicenses 5:17. En una serie de instrucciones a la congregación, Pablo agrega el simple mandamiento de orar sin cesar. Del mismo modo, él dice en Filipenses 4:6: “Por nada estéis afanosos; antes bien, en todo, mediante oración y súplica con acción de gracias, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios”. Aquí vemos que la súplica en sí es específicamente parte del mandamiento. Jesús ordena a los que le siguen a “orar en todo tiempo, y no desfallecer” (Lc. 18:1). Dios le dice a su pueblo: “invócame en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me honrarás” (Sal. 50:14-15).

Observa, en el último versículo, que el mandamiento está estrechamente vinculado con una promesa. Calvino señala que la promesa de Dios de responder a nuestras oraciones es esencial (Mt. 7:7), ya que la mayoría de nosotros, en nuestro pecado, huiríamos de aquel que es Santo (véase Gén. 3:8) si Él no prometiera que podemos acceder a él (*Institución*,

3.20.13). Dado que se nos manda orar y llevar nuestras peticiones ante el Señor, no orar sería un asunto de rebelión, terquedad e incredulidad. Job reconoció que es malvado preguntar de manera sincera “¿Qué ganaríamos con rogarle?” (Job 21:14-15). En última instancia, Dios ordena la obediencia y la adoración, y nosotros lo damos con alegría porque Él es digno de ello (Sal. 18:3). Oramos al Dios soberano porque Él lo manda y lo merece.

¿Por qué, entonces, deberíamos orar cuando Dios ordena todas las cosas? Debemos orar porque el propósito último de Dios incluye nuestras oraciones. Un beneficio de orar regularmente es que creceremos en gracia (Sal. 138:3). A través de la oración, Dios nos da “toda buena dádiva y todo don perfecto” (Stg. 1:17). Por último, elevamos nuestras oraciones, incluyendo nuestras peticiones, con el conocimiento seguro de que Dios las merece, las manda y las responde.

Josh Allen es uno de los ancianos de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa Grace, en el municipio de Hamilton, Nueva Jersey.



En nuestro canal de YouTube encontrarás un gran número de conferencias con temas como liderazgo, consejería, teología bíblica y más.

Canal en YouTube: **Editorial CLIR**



SER Y LLEGAR A SER

W. Duncan Rankin

INICIADA EN UN INSTANTE, LA VIDA CRISTIANA NORMAL es un camino de santificación en el que la gracia de Dios nos conforma cada vez más a la imagen de su Hijo amado. Sin embargo, dar sentido a este viaje y a nuestra santificación en él requiere los lentes de las Sagradas Escrituras.

Al examinar la Palabra de Dios, el primer hecho sorprendente que vemos es que nuestro viaje de santificación comienza cuando Dios nos pone una etiqueta muy sorprendente. En Colosenses 3:12, el apóstol Pablo identifica a la Iglesia de Colosas como “escogidos de Dios, santos y amados”. Los creyentes de Éfeso (Ef. 1:1) y de Filipos (Fil. 1:1) reciben esta misma etiqueta de “santos”. Incluso los cristianos de Corinto son reconocidos como “los que han sido santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos” (1 Cor. 1:2).

¿Cómo pueden los creyentes, con todos sus muchos problemas (ver Santiago 3:2 y 1 Juan 1:8), ser denominados “santos” y “santificados”? ¿Cómo puede un Dios santo decir tal cosa sobre ti y sobre mí?

1. Este artículo fue publicado por primera vez en *Tabletalk Magazine*, una rama de Ligonier Ministries. Traducido por Daniel J. Lobo y publicado con permiso.

La realidad de nuestro nombre divino está arraigada profundamente en el Antiguo Testamento. En el arbusto ardiente, Dios le dijo a Moisés: “Quítate las sandalias de los pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa” (Ex. 3:5). El Día de Reposo de Dios también era diferente de los demás días de la semana: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo” (20:8). El propio Israel debía apartarse de los pueblos cananeos e identificarse de manera especial como “un reino de sacerdotes y una nación santa” (19:6). Por lo tanto, ser “santo” es ser cortado, separado de lo común o profano para un uso especial de Dios.

Bajo esta luz, es fácil ver por qué Jesús se refería a los cristianos como los que “por la fe en mí... han sido santificados” (Hch. 26:18). En el momento en que confían en Cristo, los nuevos creyentes son llamados “santos” y “santificados” porque son diferentes del resto, están unidos a Él por la fe y por el Espíritu (Jn. 15:1-5; Gál. 2:20; Ef. 2:4-6; Col. 2:6-7). No es de extrañar que Pablo pudiera presumir de los Corintios: “Pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:11).

Este primer aspecto de nuestra santificación se produce al comienzo de nuestro camino a través de la vida cristiana y continúa para siempre: todos los cristianos son llamados santos. Conocida como santificación posicional, declarativa o definitiva, esta impactante verdad bíblica significa que hemos sufrido un cambio de relación y que ahora somos parte del pueblo especial de Dios: “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de

aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe. 2:9). Así, los cristianos son “nuevas criaturas” (2 Cor. 5:17), ahora capaces de creer, arrepentirse, amar a Dios, amar al pueblo de Dios y amar a un mundo necesitado del Salvador. Ahora somos capaces de tener hambre y sed de Dios. Ahora somos capaces de detestar el pecado y luchar contra él.

¡Y luchar debemos! Este primer aspecto de nuestra santificación conduce naturalmente al segundo, que se llama santificación progresiva. No todo lo que experimentamos como cristianos es instantáneo. También hay un aspecto progresivo y en desarrollo en nuestra vida cristiana. Nosotros, por la gracia de Dios, debemos continuar el camino de la santificación día a día. Además de ser llamados santos, los cristianos también se están volviendo santos.

La norma de Dios para el progreso de nuestras vidas cristianas es bastante clara: “Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia, sino que así como aquel que os llamó es santo, así también sed vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: ‘Sed santos, porque Yo soy santo’” (1 Pedro 1:14-16). El Israel del Antiguo Testamento recibió la ley de Dios en piedra en el monte Sinaí. ¿Qué mejor lugar para encontrar la norma del Señor para una vida cristiana adecuada que en los Diez Mandamientos (Éx. 20:1-17; Dt. 5:6-21; 1 Tim. 1:8-11) grabados con su propio dedo?

Este resumen diez veces mayor de la ley de Dios primero humilló nuestros corazones antes de comenzar nuestro viaje cristiano, enseñándonos cuán justo es Dios y cuán lejos de su gloria hemos caído realmente. Esta misma ley moral también restringió el pecado dentro y fuera de nosotros mientras

temblábamos junto con los hijos de Israel al pie del monte Sinaí cada vez que los Diez Mandamientos resonaban en nuestros oídos. Pero el tercer uso de la ley es el más dulce para nosotros en nuestro camino cristiano de santificación, al aprender allí lo que le agrada a nuestro Padre celestial y cómo debemos tratar de servir a Él.

Y así luchamos contra el pecado porque amamos a Dios y queremos llevarle gloria. Pero esta no es una lucha solitaria de nuestra carne contra todos los demonios que nos atormentan. Más bien, es una batalla deliberada y consciente contra el pecado en nuestras vidas, pero siempre en unión con Cristo (Rom. 8:13-18). No luchamos solos ni simplemente en nuestras propias fuerzas. En cambio, somos uno mediante la fe y por el Espíritu con nuestro Salvador y Cabeza. Y así, por medio de su gracia y fuerza, podemos participar en esta batalla contra el pecado, utilizando todas las herramientas que Él ha proporcionado, porque Él mismo también lucha por nosotros.

Esta mortificación del pecado es un lado de nuestra santificación progresiva. No es automática, sino algo que requiere nuestro esfuerzo positivo. Se basa en el hecho de que a través de nuestra unión con Cristo estamos muertos al pecado, habiendo muerto a causa de su crucifixión (Rom. 6:3-7; Gál. 5:24; Col. 3:3). Con esa llana realidad en mente, es más fácil ver por qué debemos esforzarnos con todo para matar los pecados que nos atormentan (Rom. 8:13; Col. 3:5). Por lo tanto, nuestra unión con Jesús tiene implicaciones tangibles para la forma en que vivimos como cristianos.

Nuestro camino en el progreso de la santificación no se define simplemente por esta lucha continua contra el pecado.

También vivimos en Él, en la luz y la fuerza de la resurrección de Cristo, porque nuestra unión con Él se extiende más allá del Calvario y hasta la tumba vacía (Rom. 6:5). Ya la muerte no tiene dominio sobre Él, y así la muerte tampoco tiene dominio sobre los suyos y viven en Él para Dios (vv. 9-11). Por lo tanto, nuestro caminar en la vida cristiana normal incluye un arroyo a nuestros pies a medida que avanzamos con todo ahínco por su gracia y fuerza hacia el tipo y estilo de vida que Él desea (Fil. 3:13-14).

Esta vivificación trae renovación y crecimiento a nuestra vida Cristiana. La renovación afecta todas las facetas de nuestra personalidad humana, incluidos nuestros deseos, nuestros sueños y nuestras emociones. Pero estos aspectos de nuestras vidas son transformados muy profundamente a través del portal de nuestras mentes: “Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto” (Rom. 12:2). De esta manera, “estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria” (2 Cor. 3:18). Esta es una obra del Espíritu Santo de Dios sobre nosotros, en nosotros y a través de nosotros, haciéndonos más como Cristo (Ef. 4:23-24), pero al mismo tiempo debemos ejercer “la mente de Cristo” (1 Cor. 2:16).

El crecimiento en la gracia es también una parte de nuestro progreso en santificación. El apóstol Pedro enfatiza claramente la importancia de tal desarrollo al final de su segunda epístola: “Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (3:18). Pablo llama a los colosenses a andar “como es digno del Señor, agradándole en todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en

el conocimiento de Dios” (Col. 1:10). Aquí también vemos que, al igual que la renovación, el crecimiento en gracia no excluye la importancia del pensamiento cristiano. Ese crecimiento cristiano en santificación lleva también consigo una dimensión corporativa y social en la vida de la Iglesia: “compartiendo los dones y las gracias de los demás, debemos crecer en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo” (Ef. 4:11-16).

La santificación progresiva es, por lo tanto, un esfuerzo sinérgico que involucra tanto la obra de Dios (1 Tes. 3:12-13) como la obra del hombre (1 Jn. 3:3; 2 Cor. 7:1; Ap. 7:14). Por su gracia, Dios espera que conformemos nuestra experiencia progresiva de la vida cristiana a nuestra posición definitiva como sus santos.

¡Qué emocionante viaje a través de la santificación podemos ver en las páginas de las Sagradas Escrituras! Dios comienza en un instante cuando nos nombra como aquellos que son apartados para ser suyos, y luego camina con nosotros en cada paso del camino. Santos por medio de su Palabra creativa, nos volvemos más santos en nuestra propia experiencia por medio de su gracia y su Espíritu a medida que avanzamos hacia su gloria cada día.

Desde el 2003, Duncan ha pastoreado iglesias en Misisipi, Tennessee y Georgia antes de llegar finalmente a Texas lo más rápido que pudo, donde ahora sirve gozoso con el personal de Christ Church (PCA), en Katy, Texas. Además de servir en RTS, Duncan también es miembro de la Junta Directiva de GRACE, una respuesta piadosa al abuso en el entorno cristiano y profesor visitante del Reformation Bible

College de Ligonier Ministries, en Sanford, Florida. Él y su esposa Shirley tienen tres lindos hijos y les encanta vivir en el área de Houston.



EL PASTOR BOB VAN MANEN OFRECIÓ UNA CAPACITACIÓN
A LOS PROFESORES DEL CENTRO EDUCATIVO CRISTIANO
REFORMADO EN SAN JOSÉ, COSTA RICA

Encuentra la conferencia
en el siguiente código:



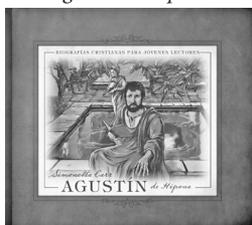
BIOGRAFÍAS CRISTIANAS PARA JÓVENES LECTORES

POR SIMONETTA CARR

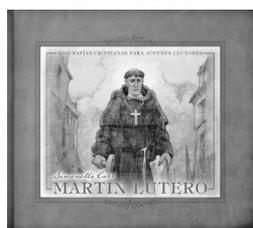
Marie Durand



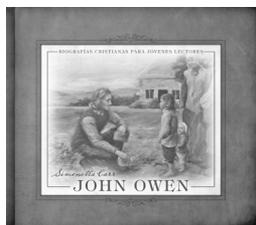
Agustín de Hipona



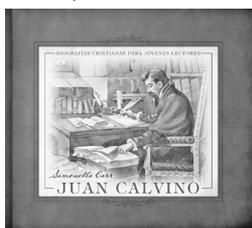
Martín Lutero



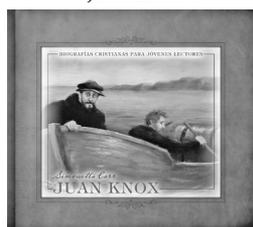
John Owen



Juan Calvino



John Knox



Más info:

✉ ventas@clir.net

☎ +506 7188-9114

JOHN OWEN SOBRE EL GOZO EN LA ADORACIÓN

Daniel Hyde

OWEN ENSEÑÓ QUE NUESTRO GOZO EN LA ADORACIÓN no se halla en nuestros deleites pecaminosos y experienciales; sino en nuestro Dios pactual mismo.

Cuando nos reunimos en culto (es decir, en el servicio de Dios a nosotros en Palabra y sacramento y nuestro servicio a Él en oración), debemos hallar el gozo en nuestro Dios pactual, no en ninguna otra cosa ni en nada que se nos ocurra, ya sea interno o externo a nosotros. Es nuestra comunión con Dios la que nos trae gozo y los medios de gracia son instrumentos para acercarnos a Él, de manera que podamos glorificarle y deleitarnos en Él.

Así como yo, muchos jóvenes reformados de mi generación y otros aún más jóvenes salieron de una infinidad de Iglesias no reformadas pero evangélicas y llegaron a una Iglesia reformada. Recuerda las luchas. Una de ellas, sin duda, fue sobre la teología y la práctica del culto en una Iglesia reformada. En las Iglesias anteriores se nos enseñaba que el éxito de cualquier “culto” dominical (también conocido como la música) debía medirse por nuestra experiencia

1. Este artículo fue publicado en reformation21, el 17 de octubre de 2016. Traducido por Neytan J. Jiménez.

subjetiva en términos de cuán “elevados”, “poderosos” y “vivificados” nos haya hecho sentir. Por esa razón, cuando entramos por primera vez a una Iglesia reformada y luego salimos de sus puertas, parece como si no existiera emoción alguna y que nuestra experiencia subjetiva de adoración fuera cuestionable. “¿Cómo puede ser que acabo de adorar a Dios cuando en realidad no siento haberlo hecho?”

Entonces, ¿qué dijo el gran puritano, John Owen, sobre el nivel de gozo que experimentamos en la adoración semanal a Dios? ¿Realmente creemos que la adoración debe ser motivo de gozo? ¿Está bien sentir algo en la adoración? La obra de Owen, *A Brief Instruction in the Worship of God and Discipline of the Churches of the New Testament* (Una breve instrucción en la adoración a Dios y la disciplina de las Iglesias del Nuevo Testamento), de 1667, llegó a ser conocida como *El Catecismo de los Independientes* (*Obras* 15:447–530). Este tratado puede sernos de gran provecho al buscar una respuesta para nosotros, nuestra familia, amigos y visitas de nuestras Iglesias que puedan llegar a sentir que somos fríos.

En una de las secciones más espléndidas y prácticas de este tratado, Owen habla acerca de nuestro gozo durante el culto. En la pregunta y respuesta siete, leemos que, cuando nos reunimos en culto, hay cuatro “asuntos principales a los que debemos dirigir nuestra atención” (*Obras* 15:455–456):

- 1) Santificar el nombre de Dios.
- 2) Poseer y confesar nuestra sujeción profesa a Cristo.
- 3) Ser edificados en nuestra santísima fe.
- 4) Testificar y confirmar nuestro mutuo amor.

Owen pasa a explicar este primer objetivo o fin principal de la observancia cristiana del servicio a Dios dividiéndolo en cinco partes (*Obras* 15:456–459):

- 1) Reverenciar la autoridad soberana de Dios al establecer Él sus instituciones del evangelio.
- 2) Considerar la presencia especial de Dios en sus ordenanzas.
- 3) Ejercer fe en las promesas de Dios añadidas a sus ordenanzas.
- 4) **Gozarse en su “voluntad, sabiduría, amor y gracia” manifestada en sus ordenanzas del evangelio.**
- 5) Perseverar en nuestra observancia de las ordenanzas de Cristo.

Para nuestro propósito, aquí quiero enfocarme en el cuarto punto que Owen señala; a saber: que santificamos el nombre de Dios en la adoración al gozarnos en su voluntad, sabiduría, amor y gracia, tal como se nos manifiestan en las ordenanzas del evangelio (refiriéndose a la Palabra, sacramentos, oración y disciplina). Entonces, ¿qué significa exactamente “gozarse” en la adoración?

Primero, Owen aclara lo que no significa. Nuestro deleite durante el culto no se mide por lo que Owen considera un “deseo carnal propio, o satisfacción en los métodos empleados o en la manera en que se lleva a cabo el culto”. ¿Qué quiere decir Owen con esto? Él está diciendo que nuestro gozo en el culto no se halla en nuestros deleites pecaminosos y experienciales. En pocas palabras, ¡la adoración no se trata de ti! Además, enfatiza este punto por causa de aquellos en su tiempo que buscaban el gozo en la forma externa y lo

atractivo de la liturgia misma. Aquí Owen procura disipar cualquier idea de que la adoración es para nuestro placer, ya sea para satisfacer nuestras emociones o incluso nuestros ojos, tal como sucede en la Misa o en el Libro de Oración Inglés con toda su pompa y ceremonia en los días de la alta experimentación de la Iglesia del arzobispo Laud. Por lo tanto, nuestro gozo durante el culto no se trata del provecho “que logremos obtener de él”, para usar una frase evangélica. Para muchos de nosotros que llegamos a la Iglesia reformada más tarde, nos es más fácil entender esto. Pero aquí es donde Owen nos da una advertencia digna de ser atendida. No debemos hallar nuestro gozo en el culto en el mero hecho de que nuestra liturgia pueda tener raíces antiguas, o en la extravagancia de las velas, pancartas, cruces, incienso, el arrodillarse, el pasar al frente para celebrar la Santa Cena, las vestiduras, la túnica ginebrina o el propio orden de culto impreso. Aquí Owen hace un llamado a tener cuidado con estas extravagancias.

En lugar de esto, Owen afirma que nuestro gozo en el culto debe estar enraizado en la “contemplación de la voluntad, sabiduría, gracia y condescendencia de Dios”. ¡Nuestro Dios se ha acercado a nosotros! Y lo ha hecho, como escribe Owen, “de su propia voluntad y gracia soberana”. ¿Por qué? Owen propone cinco hermosas razones:

- 1) Para manifestarse a tan pobres criaturas pecaminosas como nosotros.
- 2) Para condescender a nuestra debilidad.
- 3) Para comunicarse con nosotros.
- 4) Para suscitar y atraer nuestras almas a Él mismo.

- 5) Y para darnos tales promesas de su relación de gracia con nosotros por medio de Jesucristo.

Cuando nos reunimos en culto (es decir, en el servicio de Dios a nosotros en Palabra y sacramento y nuestro servicio a Él en oración), debemos hallar el gozo en nuestro Dios actual, no en ninguna otra cosa ni en nada que se nos ocurra, ya sea interno o externo a nosotros. Es nuestra comunión con Dios la que nos trae gozo y los medios de gracia son instrumentos para acercarnos a Él, de manera que podamos glorificarle y deleitarnos en Él.

Cristiano, Dios se ha inclinado a ti y te invita a su celestial presencia en adoración. ¡Qué gran privilegio! ¡Creyente, gózate en adorar al Señor tu Dios!

Rev. Daniel R. Hyde se desempeña como Profesor Adjunto de Teología Sistemática y Misiones en el Seminario Teológico Reformado Puritano, Profesor Adjunto de Estudios Ministeriales en el Seminario Reformado Mid-America. En el año 2000, mientras todavía estaba en el seminario, Danny (como lo llaman los miembros de su iglesia) plantó la Iglesia Reformada Unida de Oceanside (Iglesias Reformadas Unidas en América del Norte) en Carlsbad/Oceanside, California. Veinte años después continúa como pastor; está casado y tiene cuatro hijos.

¡POR SUPUESTO QUE
TE PERDONO, MI HERMANO!



SOLO ESPERO NUNCA MÁS
TENER QUE VER TU FEA CARA
DE ESTE LADO DEL CIELO...

LA NECESIDAD DE LA RECONCILIACIÓN

Rod Mays

¿POR QUÉ LAS RELACIONES TIENEN QUE SER TAN COMPLICADAS? ¿Por qué los buenos amigos se enojan por pequeñeces? ¿Por qué los miembros de la familia se alejan tanto que pueden pasar años sin hablarse? Es porque somos pecadores, por naturaleza enemigos de Dios y de nuestro prójimo. Sin embargo, el mensaje del Evangelio es el mensaje de reconciliación (es decir, reunión de partes divididas; Jesús uniendo a Dios y al hombre). “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Cor. 5:19).

El uso de Pablo de la palabra *reconciliación* para describir el acercamiento de Dios a los hombres implica que existía la necesidad de poner fin a la enemistad, animosidad o malicia. La comunicación de Dios con su creación había sido interrumpida, la relación se había roto. Isaías 59:2 dice: “Pero vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados le han hecho esconder su rostro de vosotros para no escucharos”. Era necesaria una reparación radical para que Dios mostrara de nuevo su amor

1. Este artículo fue publicado por primera vez en *Tabletalk Magazine*, una publicación de Ligonier Ministries. Traducido por Jonathan Agudelo y publicado con permiso.

por las personas. Esta reparación radical vino en forma de la muerte de Cristo en la cruz. Dios estaba dispuesto a contar nuestros delitos contra Cristo, en lugar de ser contados en contra de nosotros. Los receptores de la gracia de Dios se convierten en sus mensajeros de reconciliación.

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17). El poder que resucitó a Cristo de entre los muertos resucita a sus seguidores en novedad de vida. La manera vieja de pensar, el viejo comportamiento, las viejas opiniones, los viejos rasgos de personalidad y las actitudes han pasado; están muertas. Como nuevas criaturas, los hombres y las mujeres son llamados a comunicar el mensaje de la reconciliación. ¿Cómo se comunica este mensaje? De la misma manera que Dios nos comunicó su obra de reconciliación, en la reparación radical de las relaciones mostrando amor a las personas que están en enemistad.

C.S. Lewis ha escrito que Jesús:

Les dijo a las gentes que sus pecados eran perdonados, y no esperó a consultar a las demás gentes a quienes esos pecados habían sin duda perjudicado. Sin ninguna vacilación se comportó como si Él hubiese sido la parte principalmente ofendida por esas ofensas (*Mero cristianismo*).

Dios es el único “principalmente ofendido” en todo conflicto. Sin embargo, es muy difícil para los simples mortales olvidar su propio dolor e ira y recordar que el pecado que les causa tanto sufrimiento es en última instancia contra su Padre celestial. El problema radica en el hecho de que la comunicación de esta reconciliación necesariamente se

produce cuando Dios obra a través de la pecaminosidad y las emociones humanas para provocar la necesidad de reconciliación. Obviamente, no habría necesidad de reconciliación en el mundo si no hubiera conflicto.

Las personas pecan unas contra otras, o piensan que otros han pecado contra ellas, y nace el conflicto. El orgullo, las suposiciones falsas, la ira y la amargura pueden ser el resultado del comportamiento o las actitudes de los demás. La reconciliación, de hecho, se convierte en un asunto complicado cuando un hombre cree que han pecado contra él, pero la otra persona parece desconocer su transgresión. Tal vez es un simple malentendido. La mejor opción puede ser pasar por alto el pecado: “La discreción del hombre le hace lento para la ira, y su gloria es pasar por alto una ofensa” (Prov. 19:11). Las Escrituras también establecen que los hombres deben “[ser] fervientes en [su] amor los unos por los otros, pues el amor cubre multitud de pecados” (1 Pe. 4:8). Sin embargo, si el pecado es particularmente doloroso, o tiene repercusiones graves, o es lo suficientemente grave como para justificar la disciplina de la Iglesia, el ejemplo dado en Mateo 18:15-17 debe ser el modelo para la reconciliación: “Y si tu hermano peca, ve y repréndelo a solas... Pero si no te escucha, lleva contigo a uno o a dos más... Y si rehúsa escucharlos, dilo a la iglesia”. Ciertamente, la comunicación privada es más cómoda y más agradable para todos los que están involucrados en un conflicto. La comunicación clara y dócil, dándose lo antes posible en el desarrollo del conflicto, protege en contra de falsas suposiciones y de “tomar consejo en [el] alma”, lo cual conduce a una tristeza constante (Sal. 13:2). Debemos hablar la verdad en amor (Ef. 4:15), es decir, hablarla sin impaciencia, falta de bondad, jactancia,

arrogancia o rudeza, irritabilidad ni resentimiento (1 Cor. 13). La capacidad de decir la verdad en amor es la esencia de la comunicación del mensaje de reconciliación de Dios que debemos mostrar al mundo que nos está mirando.

¿Por qué deberíamos hacerlo? ¿Por qué complicar nuestras vidas de esta manera? Jesús ora al Padre por la unidad de su pueblo en Juan 17:20-23, afirmando que esta unidad debía ilustrarse “para que el mundo sepa que tú me enviaste, y que los amaste tal como me has amado a mí”. La reputación de la novia de Cristo está en juego cuando el conflicto socava las relaciones. Los conflictos no resueltos pueden llevarnos a responder airados o huir con miedo de un confrontamiento. La amargura y el resentimiento aplastan la bondad de Dios en nuestras vidas. La evasión impide el gozo de relaciones libres y abiertas con los demás. En la raíz de cada una de estas reacciones está el orgullo. Tal vez las palabras han sido el arma de la lesión, o tal vez un cuchillo o pistola real ha tomado la vida de alguien muy querido y cercano. Puede haber sido un accidente automovilístico causado por un conductor ebrio o chismes que llevaron al asesinato del carácter. Es una reacción natural que el hombre se pregunte por qué le ha sucedido tal cosa. En los Salmos abundan descripciones llenas de emociones de ira y miedo frente a la pérdida y el dolor. Sin embargo, existe la conciencia de que el pecado es en última instancia contra Dios. La ira del hombre debe ser una ira justa enfocada en buscar que se conserve la dignidad del nombre de Dios (Sal. 37:7-13; véase también 4:4-8; 13:3-6; 55:12-14, 19-23). “Temblad, y no pequéis; meditad en vuestro corazón sobre vuestro lecho, y callad” (Sal. 4:4). ¿Meditar o pensar en qué? En la dulzura y la riqueza de la verdad de que estábamos alejados de Dios y ahora hemos

sido reconciliados. El perdón libre y el deseo de reconciliarnos resultan en el trato del pecado de la otra persona como Dios trató los pecados de su pueblo, echándolos tan lejos como el oriente está del occidente (Sal. 103:12) y no recordándolos más a causa de su gran amor.

A veces la reconciliación parece fallar. Parece que no hay manera de restablecer la comunicación y una relación viable. ¿Cesa el proceso y la animosidad continúa creciendo entre dos que no se quieren reconciliar? No, las Escrituras también hablan de esta oportunidad para comunicar el mensaje de reconciliación de Dios: “Pero a vosotros los que oís, os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen” (Lucas 6:27). Jesús está enseñando que habrá enemigos, aquellos que no pueden reconciliarse como amigos. Sin embargo, el pueblo de Dios debe seguir amando (véase Rom. 12:17-19). ¿Cómo puede Dios pedir esto de su pueblo? Porque eso es lo que Él hizo por nosotros: “Cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom. 5:10a).

La reconciliación puede ser un proceso doloroso. Dios lo sabe. Costó la vida de su Hijo reconciliar al hombre pecador consigo mismo. Él no ha llamado a su pueblo a sacrificar a sus hijos para apaciguar a un enemigo terrenal. Nos ha llamado a sacrificar nuestro orgullo para modelar su mensaje de reconciliación a los demás. Nos ha llamado a vivir en paz con todos los hombres. Cuando eso falla, Él nos llama a amar desinteresadamente, de un corazón que ha sido reconciliado con Dios. Nos llama a recordar que somos nuevas criaturas, con nuevos afectos y un nuevo comportamiento, y que fuimos amados primero cuando éramos enemigos.

El Dr. Rod Mays es el coordinador nacional interino de RUF (Ministerios Universitarios Reformados), el ministerio universitario de la Iglesia Presbiteriana en América.



EXPOSICIÓN DEL MINISTERIO DINO-SAFARI EN LA EXPO
SOLA SCRIPTURA EL PASADO 13 Y 14 DE DICIEMBRE

Mira todas las fotos del evento
en nuestra página de facebook →



BIBLIOTECA TEOLÓGICA REFORMADA



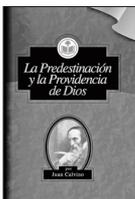
Conferencias sobre el Calvinismo

Obras Escogidas de Benjamin Warfield



Obras Escogidas de Geerhardus Vos

La Venida del Reino Tomos 1 y 2



La Predestinación y la Providencia de Dios



Más info:  ventas@clir.net  +506 7188-9114



¿PIENSAS BÍBLICAMENTE SOBRE TU TRABAJO?

Brian G. Hedges

EL TRABAJO ES UNA DE LAS PARTES MÁS IMPORTANTES de nuestras vidas. De las 168 horas que se nos dan cada semana, la mayoría de nosotros pasamos al menos cuarenta en el lugar de trabajo. Muchos usan cerca de sesenta o setenta, a veces haciendo malabares con dos trabajos o más. Por lo que una de las preguntas más apremiantes para un cristiano es: “¿Cómo puedo pensar bíblicamente sobre el trabajo?”

Creado para trabajar

Lo primero que debemos recordar es que fuimos hechos para el trabajo. El trabajo está implícito en el “mandato cultural”, el mandato dado por Dios al primer hombre, registrado en Génesis 1:28-31. Los seres humanos fueron creados a imagen de Dios con el propósito de dominar la tierra, gobernando sobre el orden creado como los vicegerentes de Dios. En palabras de J. I. Packer: “El hombre fue hecho para administrar el mundo de Dios, y esta mayordomía es parte de la vocación humana en Cristo. Esto lleva al trabajo duro, cuyo objetivo es el honor de Dios y el bien de los demás”.² Por lo tanto, el trabajo es una de las maneras más importantes en

1. Este artículo fue escrito para Christianity.com el 28 de agosto del 2014. Traducido por Romel Quintero.

las que portamos la imagen de Dios, ya que Dios mismo es un Dios que trabaja (Gén. 2:2-3). “A diferencia de la mitología griega, donde los dioses viven una vida de holgazanería celestial, la Biblia presenta a Dios mismo como un trabajador incesante”.³ Como escribe John Stott: “Nuestro potencial para el trabajo creativo es una parte esencial de la semejanza de Dios en nosotros”.⁴

Esta perspectiva bíblica muestra el valor y la dignidad esencial del trabajo humano. En Génesis 2:15, aprendemos que después de crear a Adán, Dios lo puso “en el huerto del Edén, para que lo cultivara y lo cuidara”. Incluso en el mundo prístino e inmaculado antes de la caída, el hombre tenía trabajo que hacer. Stott observa: “Dios ha organizado deliberadamente la vida de tal manera que necesita la cooperación de los seres humanos para el cumplimiento de sus propósitos. Él no creó el planeta tierra para que fuera productivo por sí mismo; los seres humanos tenían que sojuzgarlo y desarrollarlo. Él no plantó un huerto donde las flores y los frutos crecieran por sí solos; Él encargó a un jardinero que cultivara el suelo. Esto es lo que llamamos el “mandato cultural” que Dios dio a la humanidad. ‘Naturaleza’ es lo que Dios nos da; ‘cultura’ es lo que hacemos con ella”.⁵

Esto significa que cualquier intento de eludir el trabajo, ya sea a través del robo, de intentos desesperados de hacerse rico rápidamente (lotería, ¿alguien?), o a través de vivir de otros, está mal desde el principio.

Los propósitos del trabajo

El trabajo es mandado y elogiado en las Escrituras. Por ejemplo, el mandamiento de trabajar está implícito en los

Diez Mandamientos (el cuarto mandamiento dice: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra” Éx. 20:9) y explícito en los escritos apostólicos (“El que roba, no robe más, sino más bien que trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, a fin de que tenga qué compartir con el que tiene necesidad” (Ef. 4:28).

Toda la Escritura elogia el trabajo honesto, viéndolo como una fuente de satisfacción personal (Ecl. 3:22), un medio para proveer a nuestra familia (1 Ti. 5:8), un beneficio para otros (Ef. 4:28) y especialmente como un servicio al Señor, ya que lo hacemos todo, de palabra y de hecho, en el nombre del Señor Jesús (Col. 3:17, 23-24). Uniendo estos propósitos del trabajo, John Stott define el trabajo como “el uso de energía (manual o mental o ambos) al servicio de los demás, lo cual produce satisfacción en el trabajador, beneficio para la comunidad y gloria a Dios”.⁶

El trabajo en un mundo caído

Sin embargo, todos sabemos que la vida real en el mundo laboral a menudo es complicada, frustrante e insatisfactoria. Los problemas laborales son reales: el estrés, la insatisfacción laboral, el desempleo, la cuestión de los salarios justos y otras preocupaciones éticas exigen una cuidadosa consideración que va más allá del mandato de Génesis 1, pero sin perderlo de vista.

La razón última de la complejidad del trabajo y sus problemas concomitantes es el pecado que se remonta a la caída del hombre en Génesis 3. Parte de las maldiciones después de la caída es la maldición sobre el suelo, el cual ahora produce espinas y cardos, de modo que el hombre ahora come

su pan “con el sudor de [su] frente” (Gén. 3:18-19). El trabajo, en otras palabras, ahora está plagado de obstáculos y marcado con frustraciones. Como alguien una vez bromeó: “El hombre estaba destinado a ser un jardinero, pero por su pecado se convirtió en granjero”.⁷ El trabajo, después de la caída, no es simplemente el trabajo creativo de construcción y cultivo. Ahora también debemos resistir los efectos de la caída. Hay obstáculos constantes que superar con las fuerzas de la entropía, la desintegración y la decadencia que trabajan constantemente en nuestra contra. El trabajo ahora implica no solo plantar, sino también deshierbar; no simplemente hacer, sino también deshacer. Al igual que el profeta Jeremías, a menudo tenemos que arrancar y destruir, arruinar y derribar, antes de poder edificar y plantar (Jer. 1:10).

Para usar el lamento de Eclesiastés: “¿Qué recibe el hombre de todo su trabajo y del esfuerzo de su corazón con que se afana bajo el sol? Porque durante todos sus días su tarea es dolorosa y penosa; ni aun de noche descansa su corazón. También esto es vanidad” (Ecl. 2:22-23). El trabajo, como el parto, no es solo alegría, sino que implica labor.⁸ Los problemas como el estrés, las leyes laborales injustas, etc., son un índice de nuestra condición actual: la vida en un mundo caído.

La redención del trabajo

Con todo, las Escrituras también esperan la redención final y la restauración del orden creado, incluyendo el ámbito del trabajo. En Isaías 65, por ejemplo, el profeta registra la promesa de Dios de “cielos nuevos y una tierra nueva” (v.17), donde sus escogidos

construirán casas y las habitarán, plantarán también viñas y comerán su fruto. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque como los días de un árbol, así serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán de la obra de sus manos. No trabajarán en vano, ni darán a luz para desgracia... (Is. 65:21-23a).

Esta esperanza de la nueva creación se retoma en muchos pasajes del Nuevo Testamento (e.g., 2 Co. 5:17; 2 P. 3:13; Ap. 21-22). Los apóstoles vieron la resurrección de Jesús de entre los muertos como el evento inaugural en la nueva creación, con Jesús mismo como las primicias de la mies y el don de su Espíritu como la garantía de que la redención final está llegando. Y es precisamente en este contexto, habiendo dado su defensa más elocuente y teológicamente rica de la resurrección, que Pablo dice a los primeros cristianos: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, *sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano*” (1 Co. 15:58, énfasis añadido).

Aunque seguimos trabajando en un mundo caído, ya no trabajamos sin esperanza, sino con la inquebrantable confianza de que nuestro trabajo, realizado en servicio del Señor Jesús, cuenta.

Notas finales

- 2) J. I. Packer, *Concise Theology: A Guide to Historic Christian Beliefs* (Wheaton: Tyndale House, 1993), pág. 236.
- 3) “Work, Working,” en Ryken, L., Wilhoit, J., Longman, T., Duriez, C., Penney, D., & Reid, D. G., ed., *Dictionary*

of Biblical Imagery (Downers Grove: InterVarsity Press, 2000), pág. 965. Este artículo presenta una teología bíblica madura del trabajo que ha influenciado la estructura y el contenido de mi publicación.

- 4) John Stott, *Issues Facing Christians Today*, 4a edición (Grand Rapids: Zondervan, 2006) pág. 219.
- 5) Stott, págs. 222-223.
- 6) Stott, pág. 225.
- 7) W. F. Forrester, citado en Ryken, et al., *Dictionary of Biblical Imagery*.
- 8) “En la historia de la caída, el dolor de la mujer al dar a luz (Gn. 3:16) es paralelo a la maldición sobre el trabajo (Gn. 3:17). La palabra hebrea para trabajo y dolor en estos versículos es la misma, y Forrester señala que “en idioma tras idioma, la misma palabra se usa para trabajo y parto, e.g., ‘labor’” (*Ibíd.*).

Brian es el pastor principal de Redeemer Church en Niles, Michigan. Criado en la familia de un pastor, Brian fue llevado a Cristo por gracia cuando era adolescente y comenzó a predicar cuando tenía 18 años. Está casado con Holly y tienen cuatro hijos. Brian es autor de varios libros, disfruta la lectura y ama los escritos teológicos de Juan Calvino, John Owen y Jonathan Edwards, y las historias imaginativas de C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien: lo que significa que su enseñanza está llena de citas en inglés antiguo yuxtapuestas con ilustraciones de Narnia y la Tierra Media.

EL CONSUELO DE DIOS

José J. Ramírez

Preámbulo

CADA VEZ QUE EL CREYENTE PASA POR DIFERENTES pruebas, debe saber que Dios en su gracia le sostiene hasta que todas las cosas sean restauradas al estado original que fueron creadas. En este proceso sufrimos, lloramos, entramos en desesperación porque no estamos seguros de la razón por la que hemos llegado a este estado; sin embargo, podemos estar convencidos de que Dios está trabajando para que las cosas sean encaminadas de acuerdo con su propósito santo, sabio y soberano para nuestra vida. Es difícil entender a Dios en el momento de la dificultad, pero es preciso creerle y confiar en Él. En medio del sufrimiento es difícil ver claro. La vista del creyente está reducida al mínimo; sin embargo, Dios ve todo el panorama, se puede decir que su vista permanece 20/20, perfecta, clara y suficiente para sostener al creyente cuando se encuentra en el frente de batalla; por eso podemos estar confiados en Él. Dios tiene el control de todo.

En este estudio no vamos a hablar de la gracia especial de Dios como el don de salvación obrado en el corazón de los elegidos para que estos, por medio del llamado eficaz, vayan al encuentro de su Señor y Salvador. No, el término gracia común que vamos a usar aquí tiene que ver con la protección

de Dios obrada para preservar la vida, el universo y a los hombres tanto elegidos como reprobados y sujetarlos a la voluntad de Dios. Berkhof, hablando de las muchas bendiciones naturales, nos advierte que “el hombre debe, además, a la gracia común todas las bendiciones naturales que recibe en la vida presente. Aunque ha malgastado todas las bendiciones de Dios, recibe abundantes pruebas de su bondad todos los días”.¹ La gracia de Dios se extiende a los hombres para que estos sean protegidos, incluso de sí mismos, y para que así al final de los tiempos Dios recompense a cada uno según haya sido su caminar.

Dicho esto, vamos a estar observando dos aspectos fundamentales de la vida mientras estemos en este mundo caído. Primero, veremos la razón por la que el creyente pasa por momentos difíciles. Segundo, enfocaremos nuestra atención en cómo hallar contentamiento en medio del sufrimiento. Sabemos que no son temas fáciles de digerir, pero sabemos también que en el proceso de angustia Dios se mantiene obrando y nos permite como hijos suyos mantener la fe y la esperanza aun en medio del sufrimiento más feroz.

¿Por qué sufren los creyentes?

Es difícil dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta. Sin embargo, es importante notar que cada cosa tiene una razón de ser. Con Dios no hay accidentes, suerte ni casualidades. No, con Dios solo existe su propósito soberano. Si esto es así, ¿por qué sufre un verdadero hijo de Dios? Parte de las consecuencias de la caída de Adán de la gracia de Dios es el sufrimiento. Después de que el pecado entró en el mundo,

1. L. Berkhof, *Teología Sistemática*, p. 528

entraron la muerte, la traición, el dolor, las enemistades. En fin, el hombre quedó preso de su propia condición depravada. El sufrimiento no es otra cosa que una de las consecuencias de la desobediencia. Cuando me preguntan, “¿Dónde estaba tu Dios mientras 6 millones de judíos fueron asesinados en la II Guerra Mundial? ¿Qué hace tu Dios para solventar el hambre de millones de niños en el mundo? ¿Por qué Dios permite las guerras? Si Dios es amor, ¿por qué permite el odio, la ira y la destrucción?” Debo reconocer que estas preguntas son difíciles de contestar, pero Dios no creó el mal, el mal existe por obra de Satanás y Dios lo permite para que su pueblo se diferencie del resto de la humanidad. Dios está sentado en su trono inamovible, y nadie con sensatez se osa a cuestionar a Dios. No se debe culpar a Dios por lo malo que le pasa a este mundo, el hombre dejó a Dios y se volvió necio y duro de corazón (Rom. 1:18-25).

En medio del sufrimiento más feroz, la fe que Dios ha obrado en el interior del creyente le hace ver la mano de Dios obrando directamente en cada etapa de su sufrimiento. El sufrimiento es parte de la vida y de este mundo caído, y los humanos han tenido que aprender a vivir con él a diario. Despreciar el sufrimiento es negarse al aprendizaje. Es querer tapar el sol con un dedo y percibirse autosuficiente. Es en medio de la desesperación que Dios fortalece al creyente. Pedro le informa al creyente: “[Echa] toda [tu] ansiedad sobre Él porque Él tiene cuidado de [ti]” (2 P. 5:7). Cuando el creyente deposita su confianza en Dios, su protector, viva lo que viva, pase lo que pase, y aunque su vida se torne un caos completo, su deber es seguir confiando en que Dios maneja cada circunstancia de su vida perfectamente, con el fin único de formar el carácter del creyente y para su gloria.

La gracia de Dios se manifiesta en el creyente por una obra soberana de Dios; Dios está en el control de todo lo que pasa y el creyente puede estar seguro de que nada toma a su Dios por sorpresa.

La Iglesia del primero, segundo y parte del tercer siglo fue perseguida y llevada a los coliseos romanos para servir de espectáculo y así divertir a hombres ociosos, los cuales no tenían nada más que hacer que mofarse y ensañarse contra aquellos hermanos y hermanas que entregaban su vida por la causa de Cristo y de su evangelio. Ellos fueron testimonio vivo de la crueldad del hombre, pero confiaron en que Dios, por la fe que guardaban en su Hijo, recompensaría su sacrificio con la vida eterna. Por eso soportaron con paciencia hasta las últimas consecuencias. Este es el llamado que Dios le hace a su Iglesia. Si pertenece a Dios, el mundo y los hombres paganos desatarán una persecución contra ella porque están enemistados contra lo que es de Dios. Para el mundo, todo lo que lleva el sello de Dios es su enemigo y siempre buscará destruirlo. Pero Dios le ha dado promesa a la Iglesia de que las puertas de Hades no prevalecerán contra ella (Mt. 16:18). Esta es la gracia de Dios que preserva a sus santos de la ira del diablo y del mundo.

La gracia de Dios está íntimamente relacionada con la bondad, la sabiduría y la soberanía de Dios. Con base en esto, podemos asegurar que el sufrimiento es solo el medio que Dios usa para formar a su pueblo a su imagen y conforme a su semejanza. El tema del sufrimiento humano es un tema que ha sido tratado por muchos siglos. De hecho, el salmista se pregunta: “¿Por qué son prosperados los malos, mientras los justos sufren?” (Salmos 73). El salmista se da cuenta de

que la prosperidad del impío es temporal, fugaz, y de que, al final, toda su dicha se tornará en amargura; mientras que el sufrimiento del justo es también temporal, ya que su dicha está en las manos de Dios y por la eternidad gozará del más digno honor en la presencia de Dios y Jesucristo.

El sufrimiento puede ser como una disciplina para los santos, o como un castigo para los pecadores (1 P. 3:17). En cualquier caso, no hay sino una mano que lo otorga: la de Aquel que nunca yerra ni falla, en quien se puede y se debe confiar implícitamente; el que de en medio de estas tinieblas de maldad todavía manifestará su propia justicia como el medio día.²

El sufrimiento es solo el proceso que Dios usa para que el pueblo del pacto le conozca como Dios protector, consolador y suficiente para guardarle.

El creyente debe aprender de Cristo quien sometió todo su ser a la obediencia al Padre. Jesús estuvo expuesto al vituperio, el hambre, a la agonía de la muerte, pero en medio de todo este sufrimiento pudo decir: “Padre, hágase tu voluntad” (Lc. 22:42). El creyente no debe ver el sufrimiento como algo tenebroso, pues “es el medio que Dios usa para la manifestación de su más perfecta voluntad. Él nunca se equivoca; nunca falla (1 P. 4:12-16)”.³ Si aun Cristo, con todos sus atributos, no escatimó el sufrimiento por amor de los elegidos, ¿por qué nosotros dudamos y menospreciamos el proceso de Dios? Como pueblo de Dios, debemos aprender a confiar

2. Lewis S. Chafer, *Teología Sistemática Tomo I*, p. 260.

3. *Ibid.*, p. 260.

en Él en medio de todo, ya que solo en Él encontramos la respuesta correcta para nuestras interrogantes.

Por otra parte, el creyente debe aprender que en el sufrimiento forma características importantes que nos llevan a testificar de Dios con fidelidad. 1) En el sufrimiento se forma el carácter cristiano. El cristiano aprende a conocer a Dios en medio del sufrimiento y, lo que es mejor, a obedecerle. 2) En el sufrimiento se crece en fe. Podemos ver una gama de ejemplos en la Biblia que nos hablan de lo importante que es crecer en fe. Abram, cuando llegó a Egipto, mintió ante Faraón acerca de su mujer por miedo (Gén. 12:10-16). Y luego Abraham volvió a mentir delante de Abimelec por miedo de morir (Gén. 20:1-3). Dios tuvo que intervenir por segunda ocasión para que la madre del hijo de la promesa no fuera amancillada. ¿Por qué hizo esto Abraham, el padre de la fe? Porque le faltó fe en Dios. Tuvo miedo como cualquiera de nosotros, pero debemos mantenernos firmes, aunque esto implique entregar nuestra vida. 3) En el sufrimiento se desarrolla paciencia. Por naturaleza, los seres humanos son impacientes, por eso Dios les pasa por el molde del sufrimiento para que en paciencia puedan cumplir con el propósito para el cual fueron llamados. Esta es una muestra exquisita e inconfundible de la gracia de Dios. La paciencia de Moisés solo alcanzó su máximo esplendor cuando aprendió a depender de Dios en todo. Moisés, al verse adulto y sabiendo que era el elegido para guiar al pueblo fuera de Egipto para ser una nación, se precipitó y mató a un egipcio. Este hecho lo obligó a huir de la tierra y por cuarenta años estuvo siendo moldeado por Dios para ser el caudillo que Él quería que fuera, para liderar la salida de su pueblo de Egipto. ¿Falló Dios? No, fue Moisés quien se adelantó al proceso de

Dios. Pero cuarenta años más tarde, cuando posiblemente Moisés había desistido de sacar al pueblo, Dios lo llama y lo envía para que con poder libere a su pueblo de la tierra de Egipto y lo introduzca en la tierra de su herencia. Moisés fue despreciado, perseguido por su propia gente, pero confió en Dios y supo que Él le había preparado por medio del sufrimiento para cumplir su propósito. Esta fue la gracia de Dios revelada a su amigo.

Cómo enfrentar el sufrimiento

Es reconfortante leer las palabras de Jesús para sus discípulos antes de ser entregado a muerte. Jesús alienta a sus discípulos para que en el momento de la prueba no desmallen. Por eso les dice: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). La paz es lo opuesto de la guerra, aflicción o angustia. Las palabras de Jesús son esperanzadoras ya que nos muestran que gracias a Dios la angustia que padecemos puede tornarse en paz absoluta. Jesús les estaba preparando para lo que se avecinaba, para que su fe no flaqueara en el momento de la prueba.

Jesús les había enseñado acerca de Él y su obra. Esto era razón de sobra para que se mantuvieran firmes y confiando en que todo lo que estaba por suceder era parte del cumplimiento del plan de Dios. Jesús anuncia su muerte y les dice que serán esparcidos por la falta de confianza. La profecía es que no solo van a asustarse por causa de la hora que está por llegarles, sino que serán esparcidos como ovejas sin pastor. Es que es fácil comprometerse con Dios cuando todo va bien, pero cuesta mantenerse firme cuando las cosas se tornan mal. En la hora difícil, siempre se busca un escape. Es interesante

ver que Jesús les profetiza a sus discípulos su muerte, su dispersión, la traición y lo más doloroso: la negación de Pedro. Pero, en la gracia inconfundible y soberana de Dios, todo esto tenía que suceder para que los discípulos pudieran discernir entre lo que se soporta en la carne y lo que viene por la obediencia en la verdad del evangelio.

A todo esto, lo más importante en el proceso de crecimiento espiritual a través del sufrimiento es mantener la calma. El llamado de Jesús para sus discípulos es: “Para que en mí tengáis paz”. Los hijos de Dios debemos llenarnos de esta paz que solo viene de la plena confianza en Dios. Sin embargo, esta paz ha sido puesta en el interior de los hijos de Dios por medio de la obra de gracia del Espíritu. Nadie puede tener paz en medio del sufrimiento si la gracia de Dios no habita en él. Dios no es el culpable del mal que existe en el mundo. Entender esta realidad ayuda al creyente en los momentos de sufrimiento y angustia. ¿Por qué?

1) Entenderlo les brinda seguridad. Lo que pasa en nuestras vidas no depende de las circunstancias o de la casualidad, sino que sucede por un plan divino. 2) Entenderlo nos permite experimentar la presencia de Dios en medio del sufrimiento. Esto es importante ya que el ser humano se debilita al pasar por las pruebas. Pero conocer a Dios y su obra le da seguridad. La duda de que Dios está o no con su pueblo cuando pasa por el fuego desaparece, porque la confianza del pueblo del pacto siempre está puesta en Dios.

El pueblo de Dios tiene una promesa eterna. Jesús, el Hijo de Dios, ya venció al mundo: “Yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). Jesús venció al mundo como sistema, además de toda la presión que este pudo ejercer contra Él. Por eso

nos dice: “No tengan miedo, yo ya vencí por ustedes”. La respuesta del creyente ante tan preciosa esperanza debe ser la confianza. Dios a su pueblo no le abandona en ningún momento. Por eso tenemos que mantenernos animados en la esperanza de que la obra de Cristo es completa, perfecta, para hacernos sobrepasar las dificultades de este mundo. El sufrimiento jamás debe robarles la alegría a los hijos de Dios. El que está en Cristo ha vencido ya y nada le puede separar del amor de Dios.

Sufrir a veces conviene para nuestro peregrinaje por este mundo ya que los humanos tendemos a olvidarnos de Dios cuando todo va bien. Por otro lado, el sufrimiento nos hace más sensibles al dolor del prójimo, sobre todo de aquellas personas que sufren injustamente. La incapacidad de sentir dolor por los más débiles es una muestra de dureza de corazón e incredulidad. Así que, todo hijo de Dios es moldeado por el sufrimiento para servir de soporte para aquellos que están pasando por el valle de la desesperación. De gracia recibimos, de gracia fuimos llamados a dar. Además, es bien sabido que el sufrimiento nos enfoca en las prioridades. Dios a veces usa el dolor para que quitemos la mirada de las cosas de este mundo y la pongamos en Él. Somos duros de corazón y nuestra vida se desvía por caminos sin buen fin, y Dios usa el dolor para hacernos retornar a Él. Si esto no es una muestra de la gracia de Dios, no sé que lo será.

Encontrando contentamiento en el sufrimiento

Pasar con gozo el tiempo del sufrimiento no es un tema de masoquismo. No, es más bien confianza en que Dios maneja cada aspecto de la vida de su Iglesia. Nadie se siente feliz al ser calumniado, perseguido o herido. Sin embargo, al ir a

las Escrituras, podemos ver que no todo es negativo en este sentido. Jesús, en el Sermón del Monte, después de hablar de los humildes y misericordiosos, menciona que no nos inquietemos cuando digan cada cosa de nosotros mintiendo; más bien debemos gozarnos y sentirnos bien, ya que nuestro galardón es grande en los cielos (Mt. 5:11-12). Pero Él inicia diciendo: “Cuando por mi causa...”, es decir, por la causa del evangelio. Si esto es así, no tenemos que preocuparnos ya que el sufrimiento que padecemos vale la pena.

El propósito del sufrimiento es afirmar la fe y crear dependencia en Dios. El sufrimiento nos evidencia en dónde está nuestra dependencia. La prueba nos examina, nos refina. El término en latín es *probatio*, sufrimiento, angustia o tribulación, cuyo objetivo es llevarnos a conocer e intimar de una manera más personal y profunda con Dios. Job es el ejemplo bíblico más claro acerca de esta clase de fe. Job fue probado como oro refinado por Dios, porque tenía un plan para con él y era necesario que conociera a Dios. Es importante ver lo que sucedió con Job después de haber sido pasado por el sufrimiento: 1) Job nunca volvió a ser el mismo. 2) Job, después de la prueba, se mostró más sabio, más prudente y más paciente. Las ideas y convicciones acerca de Dios fueron cambiadas en Job. 3) Además, Job aprendió a depender de Dios de una manera más relacional y no teórica. Job supo que no dependía de sí mismo para intimar con Dios; al contrario, Dios proporcionó los medios para que Job le conociera de una manera más profunda y significativa. Al final, Dios era el Señor de la vida de Job y él un simple adorador. La actitud de Job nos muestra que el sufrimiento no nos debe alejar de Dios, sino que debe volvernos más dependientes de su favor, de su gracia.

Si queremos aprender acerca del sufrimiento y de la gracia de Dios en medio del mismo, es imperativo que veamos todo el proceso por el que Dios pasó a Job. ¿Le mostró Dios a Job su gracia? Claro que sí. Dios siempre estuvo en control de lo que estaba pasando. ¿Entendió y visualizó Job lo que estaba pasando? Claro que no. Dios le sostuvo de principio a fin para, al final, reivindicarlo dándole el doble de lo que había perdido en el proceso.

Ahora debemos resaltar que Job mantuvo su integridad delante de Dios. Aun cuando Satanás le despojó de todo para que se volviera contra Dios, y aunque la esposa le incitó para que maldijera a Dios y terminara con su sufrimiento y el de ella; aun cuando los amigos le quisieron reconvenir para que aceptara que no era tan justo como él decía ser, Job mantuvo su integridad delante de Dios. Por eso Dios mismo en dos ocasiones resalta la perfección y la integridad de Job (1:8; 2:3). Dios estaba llevando la historia a tal punto que tanto Job como Satanás entendieran que Dios estaba en el control de todo y que todo lo que pasaba en este mundo respondía al hecho de que Él es Señor de los cielos y de la tierra y de todo lo creado. ¿Qué le hacía a Job mantener su condición? La dependencia que tenía de Dios. Job de alguna manera conocía a Dios y se conocía a sí mismo.

El sufrimiento de Job alcanzó límites inimaginables. En un momento perdió todo lo que tenía: sus animales, sus hijos y su salud. ¿Qué más le esperaba a Job? Le esperaba el momento de la traición. Su esposa le confrontó con la realidad que estaban viviendo. “¿Aún retienes tu integridad? —le dijo—. Maldice a Dios, y muérete”. Fue otro golpe duro para Job. Estaba a punto de perder el último consuelo que

le quedaba. Su esposa había caído en las garras del enemigo y de la desesperación. Debemos ser justos: la señora de Job también había perdido todo; sus hijos, su hacienda y ahora tenía que cuidar a un enfermo. La reacción de Job es obvia. ¿Es justo recibir solo el bien y rechazar el mal que viene a nuestras vidas? Job estaba poniendo a Dios en primer lugar y aceptando que todo viene de Él. Job estaba diciendo: “Yo no entiendo lo que está pasando, pero no tengo que hacerlo, Dios lo conoce todo y sé que por algo está permitiendo esto. La esperanza de Job no estaba en su fuerza, sino en la obra de Dios. Aunque no lo entendía todo, confiaba en que Dios sabía lo que estaba haciendo y estaba seguro de que así era.

La convicción del creyente debe ser la misma que tuvo Job. Debemos rendirnos por completo a Dios. Aunque no entendamos por lo que estamos pasando, debemos estar convencidos de que lo que pasa en la vida de los hijos de Dios siempre es para beneficio de los elegidos y para la gloria del nombre de Dios; por eso, la disposición del corazón del creyente siempre debe ser la gloria de Dios. Job lo tenía claro. Dios debe ser alabado en el tiempo de bonanza, pero también debe ser alabado en tiempos de sufrimiento (Job 1:20-21). El escritor bíblico asegura: “En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno” (v. 22). La mano de Dios a veces puede ser pesada e irreconocible, pero es más agraciada y consoladora que la del hombre. David lo reconoció también: “Entonces David dijo a Gad: En grande angustia estoy; caigamos ahora en mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas, mas no caiga yo en manos de hombres” (2 Sam. 24:14). Por otro lado, el apóstol Pablo nos asegura que todo lo que les pasa a los creyentes, incluido el sufrimiento, es producto de la gracia de Dios que les está

mostrando un camino de excelencia y entrega total, ya que todo obra para bien de los elegidos (Rom. 8:28).

El contentamiento en el creyente es un estilo de vida. El contentamiento se encuentra por medio de una fe viva (ferviente y real). Aceptar la voluntad de Dios no sucede en las fuerzas provenientes del creyente; no, el contentamiento está en la esperanza puesta en la gracia de Dios que nos sostiene en medio de toda dificultad. Podemos decir que llegar a este nivel de madurez espiritual es costoso. Dios tiene el control de todo lo que atraviesan sus hijos. Nada de lo que el creyente vive es por cuestiones del destino o del azar. No, es por la voluntad perfecta de Dios. Job lo entendió y reconoció que nada se sale del cuidado de Dios. Job nunca se enojó con Dios ni con el diablo. De hecho, en el libro de Job, en ninguna parte Job le atribuye al diablo lo que le pasa. A veces se ve que Job no entiende por qué le están pasando estas cosas, pero la confianza de Job es que Dios hará justicia en esta situación tan difícil para él. Por otro lado, cuando el creyente depende de Dios, sabe que su destino está en las manos de este Dios omnipotente, omnisciente y soberano. ¿Cómo puede estar preocupada una persona que conoce a Dios de esta manera? Jamás podrá, ya que su vida depende de la voluntad de Dios.

Además, el creyente debe mantener su seguridad en que Dios establece el límite para el sufrimiento (Job 1:12; 2:6). Estos límites no pueden ser de ninguna manera violentados o evadidos. La prueba de Job se dio en dos etapas principales: Primero, sufrió la destrucción de todo lo que poseía, toda su hacienda y su familia (1:12). Satanás dejó a Job en completa ruina, pero inicialmente Dios no permitió que tocara

su cuerpo. Segundo, sufrió la pérdida de la salud (v. 2:6). No contento Satanás con quitarle la riqueza, este insta a Dios a quitarle la salud. Lo maravilloso de esta historia es que aun con todo ese dolor, Job mantuvo su integridad delante de Dios y no blasfemó el nombre de Dios, que era lo que Satanás buscaba.

El final de la historia de sufrimiento de Job es lindo y nos muestra que en Dios todo obra para bien de sus hijos (Job 42:1-6, 12-13). Todo se le devolvió duplicado. Sus hijos e hijas llegaron a ser las personas más hermosas de la región. La relación de Job con Dios fue mucho mejor que la anterior (v. 5-6). El mismo Job afirma: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven” (v. 5). Es que esta es la realidad cuando pasamos por el filtro de la prueba de Dios: siempre vamos a ser quebrantados con la verdad de que nosotros somos polvo, mientras Dios es todopoderoso.

Resumen

Al ingresar en el proceso de Dios, siempre vamos a ver que los cristianos sufrimos porque debemos sufrir, ya que es la única manera que tenemos para el crecimiento equilibrado, personal y ministerial. Es difícil dar una respuesta concreta a la pregunta de por qué sufren los cristianos. Lo cierto es que es duro entender, por ejemplo, por qué Dios tuvo que hacer pasar a Job por la amargura de perder a sus hijos en un instante, perder toda su hacienda y por último perder su salud. Pero igual de difícil debe haber sido para Job descubrir que sus amigos eran personas duras y difíciles de entender y complacer. Su esposa, por otro lado, no era la clase de ayuda idónea que Job creía tener. Si juntamos todas las cosas que le sucedieron a Job en una sola escena, podemos ver que el

hombre jamás podrá conocer a Dios y su gracia sin pasar por el fuego de la prueba. Así que como creyentes debemos sentirnos alegres cuando pasamos por diversas pruebas, ya que estas producirán en nosotros esperanza, fe y paciencia (Stg. 1:2-4).

Los creyentes tienen que pasar por momentos de sufrimiento para aprender que Dios es bondadoso, amoroso y fiel al pacto. Por otro lado, el creyente debe saber que cuando el sufrimiento es insoportable, es cuando Dios está más cerca de su pueblo. El sufrimiento es solo el proceso por el cual Dios manifiesta su gracia y bondad para con los hijos del pacto. Todo el plan del maligno es desbaratado por la gracia de Dios, ya que el creyente le pertenece a Dios, y esta realidad ni el mismo infierno la puede cambiar (Mt. 16:18). Nunca debemos despreciar el sufrimiento, sino que más bien, con paciencia y fe, debemos enfrentar los tiempos de angustia, siempre buscando que Dios sea adorado y el evangelio predicado como testimonio de que Dios es real en las vidas de los hijos del pacto. En Cristo, el pueblo de Dios es más que vencedor.

Rev. José J. Ramírez es profesor a tiempo completo de MINTS International Seminary. Sirve como Decano Académico Asociado de MINTS Centroamérica y coordina el programa hispano de MINTS en Toronto. Es Director Ejecutivo del Seminario Internacional MINTS en El Salvador (SIMES), y Supervisor Misionero de la Iglesia Reformada Pacto de Gracia, con cuatro congregaciones en El Salvador y dos en Nicaragua. Es pastor de la Iglesia Nuevo Pacto en Toronto, bajo la supervisión de la Iglesia Reformada del Pacto de Toronto. Hasta el momento, por la gracia de Dios, ha tenido

el privilegio de participar en la plantación de nueve iglesias entre Norte América y Centroamérica.

Está casado con Rosa Ramírez, con quien tiene dos hijos: Rosa Esmeralda y Steve Ramírez. Viven en Toronto, Canadá, y son miembros activos de la Iglesia Reformada del Pacto.



COMITÉ DE MINTS CENTROAMÉRICA EN SU CUARTO CONGRESO

Encuentra el sitio web de MINTS aquí:





ARMINIANISMO:
IGNORANDO LA PALABRA DE DIOS
DESDE 1605

LA CRUZ Y LA GLORIA

Sermón predicado por Carlos Cruz

Texto bíblico: Romanos 8:18

Introducción:

¿SABES, HERMANO? ES MUY DIFÍCIL HABLAR DE SUFRIMIENTO, dolor y angustia en estos tiempos de positivismo, alegría permanente y el omnipresente “tú puedes”. Hay falsas religiones que nos ofrecen cursos de meditación, en los cuales tú te elevas y te elevas o te adentras y te adentras. Sin embargo, cuando regresas de tu viaje astral o de tu recorrido por tus entrañas, te esperan los mismos problemas, angustias y sufrimientos, para enfrentarlos solo —tú solo— no importando tu grado de enajenación.

En una ocasión, le hablé a mi congregación acerca de Patrick Hamilton. Hamilton era de descendencia real escocesa. Nació en 1504 y, según la costumbre religiosa romana de aquel tiempo, conjuntamente con la jerarquía, siendo todavía un niño, se le otorgó la abadía de Ferne. Por lo tanto, fue privilegiado desde su nacimiento. Pertenecía al grupo de posibles herederos al trono de Escocia y era bendecido por los papistas.

No obstante, algo faltaba. Sus títulos nada significaban, sus riquezas eran vacías. Fue a Alemania a estudiar. Allí conoció la Reforma y las grandes doctrinas de la gracia, y allí

comprendió cuál era su verdadera soledad. Era una soledad que ninguna multitud ni halagos podían llenar. Hermanos, es en ese instante que empieza a cegarnos el misterio.

Sermón:

El apóstol Pablo nos dice en Romanos 8:18: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”. La esposa de Lutero, Catarina Lutero, dijo en una ocasión:

Nunca hubiese sabido lo que tales o cuales cosas querían decir en muchos Salmos, ni el significado de ciertas obras del Espíritu; ni jamás hubiese comprendido la práctica de los deberes cristianos, si Dios no me hubiese hecho pasar por la aflicción. Es cierto que la vara de Dios es como el puntero del maestro para el niño, que señala la letra para poderla percibir mejor; de la misma manera, Él nos señala muchas buenas lecciones que no hubiésemos aprendido de otra manera.

¿Qué es el misterio lúgubre y luminoso, claro y oscuro, que nos lleva de la mano entre la cruz y la gloria sin el temblor de la deserción, sino con la firmeza de la convicción?

Hermanos, después de aprender las grandes doctrinas reformadas, Patrick Hamilton volvió a Escocia. Tenía sus títulos, sus abolengos, su sangre real y sus privilegios, pero su aflicción por Escocia convertía todo aquello en basura. Cuando Pablo habla de las aflicciones en este versículo, nada tiene que ver con simples dolores de cabeza. Es la aflicción del rechazo familiar por causa del evangelio; es la aflicción

de perderlo todo por la cruz. Pero aun más, es la interrogante que surge en este peregrinaje cuando miras a tu lado a los que te rodean, a los que no conocen a Jesucristo, experimentando tus mismos problemas: el hijo con problemas emocionales, el familiar con cáncer, el desempleado, el agobiado por problemas familiares... La pregunta irremediable es: ¿Cuál es la diferencia? ¿Estoy trabajando para el Reino de Dios y también sufro como si estuviera fuera del mismo? Recordemos las palabras de Catarina Lutero:

Es cierto que la vara de Dios es como el puntero del maestro para el niño, que señala la letra para poderla percibir mejor; de la misma manera, Él nos señala muchas buenas lecciones que no hubiésemos aprendido de otra manera.

Cuando Pablo hace el contraste en el versículo 18, es vital recalcar dos detalles: En primer lugar, Dios nunca te ha prometido estar libre de tu cruz, de tu dolor. Creo que, más bien, al abrazar a Dios, has decidido caminar como amigo de Dios en medio de profundos enemigos. Esos enemigos odian marcadamente a Dios, tienen poder, quieren tu muerte y desgracia, y junto a esto está tu cruz, tus luchas familiares, tu pecado, la enfermedad, las finanzas, etc.

En segundo lugar, Pablo nos dice que todas estas luchas palidecen ante la gloria venidera que en nosotros será manifiesta. El principio que señala Pablo es que el control absoluto de nuestra total y final felicidad lo tiene Dios. Pero, pastor, ¿cuántas veces hemos oído esto? Creo que no hemos entendido. Sinceramente, ¿hay algún consuelo ante la muerte de un hijo? ¿Hay algún bálsamo ante un hijo enfermo? ¿Hay alguna

palabra de aliento ante la muerte de un padre o una madre querida, o para un hogar que se rompe irremediablemente?

Sé que muchos reclamarán que se recuperaron de todo lo que acabo de describir y otros problemas. Pero estamos seguros de que en la soledad de sus pensamientos, cuando solamente se escuchan a sí mismos, recordarán al hijo que perdieron, el hogar roto, a la madre moribunda y volverá marcadamente ese vacío terrible. Algunos preguntarán, ¿si hubiera sucedido esto o aquello? Exclamarán en la oscuridad de sus cavilaciones: “¡Madre, debí oírte más!” Otros dirán con el valor único de la verdad: ¡Todavía está este dolor presente y me consume!

Pablo nos indica que incluso esas cavilaciones secretas terminarán algún día. No habrá más pensamientos oscuros ni gritos de falsas victorias.

Amados hermanos, Patrick Hamilton comenzó a diseminar las ideas reformadas en toda Escocia. La curia romana rabiaba ante la escena de un noble que tenía por poco su sangre azul y sus títulos por amor de Cristo. ¿Cómo osaba este joven de 24 años desafiar al Papa de Roma? Todo se fue fraguando en contra de su vida. Hamilton lo sabía, pero la verdad lo quemaba, le ardía el pecho con el evangelio de Cristo Jesús.

El apóstol Pablo nos dice que esa gloria que nos espera será manifestada en nosotros. Son palabras muy importantes. Todas esas aflicciones que experimentamos, Dios las permitió para nuestro crecimiento y fortaleza espiritual. Pero, hermanos, no nos engañemos, también nos marcaron, en ocasiones nos hicieron recelosos, en otras pocos confiados, determinaron ciertas tristezas y preocupaciones.

“Pastor, ¿cuál es la diferencia?” Sabes, no estás solo. Aquellos que fueron marcados igualmente y no tienen a Cristo, sus marcas se convierten en grandes grietas. Algunos no vuelven a salir de sus casas, otros se hunden en vicios indescritibles, otros se consumen por el odio, a algunos sus frustraciones los llevan a cometer locuras contra sí y sus semejantes. Pero tú que has conocido a Dios, que conoces a Cristo, tus marcas son huellas de la formación de un nuevo carácter. Son huellas que no se agrietan, sino que se convierten en nuevos caminos que recorrer de la mano del Maestro. Y cuando esa gloria sea manifiesta en ti, todo será olvidado, todo lo oscuro será iluminado y se completará la nueva criatura en Cristo. Como dice el apóstol Pablo: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

El cardenal Beaton fraguó el escarmiento a Hamilton. Fue llevado ante un tribunal eclesiástico. El cardenal se sentó en su trono con toda su pompa y Patrick Hamilton fue condenado como hereje a morir en la hoguera. Era el 28 de febrero de 1528; estando ya en el poste atado con cadenas, decía las siguientes palabras: “En el nombre de Jesucristo, entrego mi cuerpo a las llamas y encomiendo mi alma a las manos del Padre”.

Sus captores le insistían que se retractara: “¡Hereje, conviértete a nuestra señora!” Hamilton, un noble, posible heredero al trono de Escocia, le contestó a uno de ellos: “¡Apártate, mensajero de Satanás y déjame en paz!” Volvían y le decían: “¡Sométete al Papa!” Hamilton respondía: “¡Te entrego al tribunal de Cristo!”

¿Qué había en este hombre que estaba dispuesto a sufrir una muerte horrible como la hoguera? No pidió ser librado de la muerte, sino morir en los brazos de su Señor. Según el apóstol Pablo, hoy Patrick Hamilton disfruta de esa gloria sin dolor y angustia. Él espera ese día en que Dios restaure su cuerpo, el cual el hombre no puede destruir.

Hermano, escucha, ese día que Patrick moría en la hoguera, estaba rodeado de enemigos y traidores, del poder de la religión falsa y de políticos cobardes. Parecía estar solo, pero no te equivoques: en medio de su cruz, de su angustia, allí estaba Jesús; Él le daba las fuerzas para el argumento, para el valor, para la muerte.

Allí, cuando te desesperas por tu hijo, cuando se rompe tu hogar, cuando el trabajo escasea, cuando agoniza un familiar, cuando te encierras en lo profundo de tus pensamientos... allí, hermano, en ese rincón de preguntas, está Jesús; en esa cruz, está Jesús. Él te dice profetizando lo que se acerca a pasos agigantados: “En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, ¡yo he vencido al mundo!”

El Rvdo. Carlos M Cruz Moya es ministro ordenado de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa de los Estados Unidos y pastor de la Iglesia Presbiteriana Reformada en San Juan de Puerto Rico. Es profesor de Historia y Literatura con diploma en Teología Reformada, Profesor del Seminario Reformado del Caribe y es además la voz nacional e internacional del Programa PÚLPITO REFORMADO. Actualmente sirve también como el Vicepresidente de la CLIR. Está casado hace 38 años con la Señora Diana M. Bonilla Rosa y tiene una hija que es profesora de Español.

Boletín Reforma Siglo 21

Sepa lo que cree y por qué lo cree

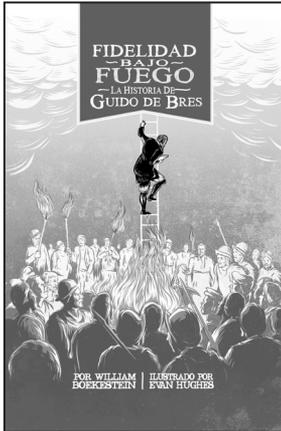
En nuestra página web también puedes encontrar un banco de artículos de nuestros boletines anteriores completamente **GRATIS:**

clir.net/recursos/articulos/

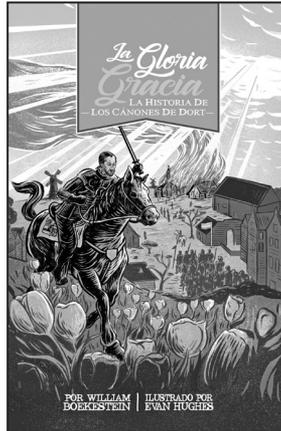


HISTORIAS ILUSTRADAS SOBRE LAS TRES FORMAS DE UNIDAD
POR WILLIAM BOEKESTEIN

Fidelidad Bajo Fuego
—Confesión Belga—



La Gloria de la Gracia
—Cánones de Dort—



En Busca del Consuelo
—Catecismo de Heidelberg—



Más info: [✉ ventas@clir.net](mailto:ventas@clir.net) ☎ +506 7188-9114

COLECCIÓN VIDA EN CRISTO

El Precio de Pertenecer Parte 1 y 2

—Estudio sobre el Catecismo de Heidelberg—

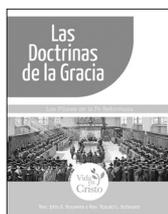


La Fe de nuestros Padres

—Estudio sobre la Confesión Belga—



Las Doctrinas de la Gracia



La Iglesia Viva de Cristo



PRÓXIMAMENTE

Enfrentando los desafíos de la fe



No me pertenezco

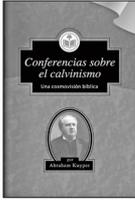


La Promesa de Dios Revelada



Más info: ✉ ventas@clir.net 📞 +506 7188-9114

BIBLIOTECA TEOLÓGICA REFORMADA



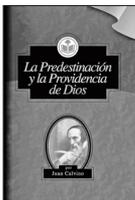
Conferencias sobre el Calvinismo

Obras Escogidas de Benjamin Warfield



Obras Escogidas de Geerhardus Vos

La Venida del Reino Tomos 1 y 2



La Predestinación y la Providencia de Dios



Más info:  ventas@clir.net  +506 7188-9114

